

# **Y ME HIZO REINA**

**Nora Suárez**

**Editorial MUSULMANIA**

Y ME HIZO REINA

Nora Suárez

[ymehizoreina@gmail.com](mailto:ymehizoreina@gmail.com)

EDICIÓN: Marvel Landaverde

© Editorial MUSULMANIA

Apdo. 573 - 18080 Granada - España

[www.musulmania.com](http://www.musulmania.com) - [editorialmusulmania@gmail.com](mailto:editorialmusulmania@gmail.com)

Las citas bíblicas, a menos que se indique otra cosa, han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960. Los contenidos de la Colección Musulmania no siempre se corresponden con la opinión de los editores. Se publican, sin embargo, como un medio para fomentar el intercambio de diferentes puntos de vista y motivar a la reflexión.

2012 Primera edición

# Índice

Agradecimiento. . . . .	7
Prólogo . . . . .	9
1. El principio . . . . .	11
2. Primer contacto . . . . .	15
3. Un pozo hondo . . . . .	19
4. Un encuentro profundo . . . . .	25
5. Ahora, ¿quién soy? . . . . .	33
6. Una respuesta de amor . . . . .	41
7. Enfrentando a gigantes . . . . .	49
8. La tierra prometida . . . . .	63
9. Tiempo de prueba . . . . .	71
10. Volviendo a la fuente . . . . .	79
11. Una mujer contemporánea . . . . .	85
Conclusión . . . . .	91



# Agradecimiento

AL INTENTAR escribir una nota de agradecimiento, pienso en lo importante que son las personas que Dios usa para desafiarnos a hacer cosas que jamás imaginaríamos que podríamos hacer.

Personas que con mirada compasiva, transmiten valores de respeto, integridad y honestidad, fortaleciendo nuestras vidas y animándonos a seguir adelante.

Gente que acredita nuestros sueños y nos enseña a creer en los demás. A creer también que nos podemos convertir en instrumentos de Dios para bendecir las familias de la tierra.

Quiero agradecer a mis hijos Eugenio y Johana que me han apoyado en este ministerio. A mis hermanos Alex y Lisseth que desde hace más de diez años me han animado a escribir este libro.

A Federico Bertuzzi que en cada encuentro me desa-

fiaba a dar este paso. En especial a mi editor, Marvel Landaverde, y su esposa Consuelo Espinoza, por todas las horas invertidas en la elaboración de este manuscrito.

A Dios la gloria y a ellos mis respetos.

# Prólogo

DESDE HACE varios años, el Señor me ha inquietado para escribir sobre algunos de los acontecimientos más relevantes de una mujer que comenzó un camino sin destino, y cómo el Autor de la vida la rescató, limpió, sanó y le dio un proyecto de vida. Esta es mi historia.

No quiero escribir simplemente la historia de una mujer, sino la historia del apasionado amor del Salvador por un pecador perdido, que lo llevó a no darle importancia a todo lo que tenía que dejar, sino que renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo, haciéndose como todos los hombres, y presentándose como un hombre cualquiera. Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, solo para decirnos que nos ama y que no desistirá hasta que le encontremos.

Que su amor es tan incondicional como eterno, que antes de formarnos en el vientre de nuestra madre ya

nos conocía, que ha preparado un plan específico y precioso para cada una de nosotras. Que quiere derramar de su abundante gracia y benevolencia para que vivamos en sus propósitos y convertirnos en reinas.

Ser reinas no significa recibir un título de alguna institución o gobierno humano, sino aceptar que entre los múltiples regalos que recibimos por su gracia se encuentra una nueva naturaleza y una nueva distinción: reyes y sacerdotes, linaje escogido. Que el Rey de reyes ha cambiado todos nuestros vestidos viejos y nos ha colocado trajes reales que nos distinguen.

Escribo para gente sencilla pero que en las manos del Señor son como la piedra que derribó a Goliat.

Gente dispuesta a despojarse del pasado, de prejuicios, incapacidades, y traumas, y que se disponga a ser solo piedras en el suelo, que quizás en ocasiones fueron pisadas, usadas, despreciadas; pero que, sin embargo, no se rinden y siguen en la búsqueda del significado de sus vidas.

Piedras que pacientemente esperan en el camino, el paso del Maestro que las tome en sus manos, que les quite las impurezas y que las pule para el uso de su gloria.

Es mi oración que esta obra te inspire y te desafíe a dejarte formar por el Artesano de la vida y puedas tú también decir: «Y ME HIZO REINA».



# 1

## El principio

Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua (Juan 4.6-7).

**L**A PRIMERA escena que nos encontramos es un lugar común y corriente. Un pozo en el camino. Un lugar diseñado para satisfacer la necesidad física de cualquier persona. Cuando pensamos en un encuentro con Dios lo menos que imaginaríamos es que Él escogería un lugar tan común como ese, o como el banco de una plaza o el rincón de un cuarto frío y sombrío. Pero no es Él quien escoge el lugar, sino nosotros que nos encontramos allí y Él impulsado por su gran amor sale a nuestro encuentro.

Jesús se presenta de una manera natural, real y cercana, capaz de comprender cualquier necesidad del ser humano por muy difícil que sea. Él llega primero al lugar de encuentro y se prepara para destruir todos los conceptos errados que tenemos acerca de Dios.

Cuando pensamos en Dios, le imaginamos un ser todopoderoso pero lejano, imposible de alcanzar; incapaz de comprender las necesidades básicas e insignificantes en la vida de cualquier mortal.

Desconocemos la naturaleza y el carácter, su amor y propósito para con cada uno de nosotros. Este desconocimiento nos empuja a vivir como si realmente no existiera. Planeamos nuestras vidas pensando solo en el hoy, sin medir consecuencias ni pensar en la repercusión que tendría en las personas que nos rodean. Creo que este es el inicio de todos nuestros problemas.

Llega al lugar una mujer de Samaria, pero que puede ser de Argentina, Colombia o de Venezuela, como es mi caso, con una necesidad aparentemente física, ignorante del Dios verdadero y de su plan para su vida. Esta mujer en cuestión era samaritana, raza mixta que resultó de la unión de cautivos asirios y judíos por los años 885-874 a.C. Los samaritanos además del culto a Dios, adoraban a diferentes dioses paganos, haciendo un sincretismo inaceptable para la religión judía. Como consecuencia, los judíos les repudiaban. La historia de estos grupos estaba marcada por violentos conflictos étnico-culturales que los llevaba a evitarse en lo posible. La mujer samaritana había crecido en un contexto de desprecio, insultos y malos tratos de sus primos, los judíos.

Se presentan las condiciones para el encuentro. Jesús sentado en el lugar justo y a la hora precisa. La mujer samaritana llega con su cántaro a cuesta sobre la hora sexta que vendría a ser pasado el mediodía. Me

pregunto por qué ella escogió la hora más calurosa del día para ir a sacar agua del pozo. Sería interesante descubrirlo. Pero sigamos adelante y pensemos qué había en el corazón de esta mujer. ¿Qué había pasado en su vida? ¿Por qué venía sola a buscar agua del pozo?

Como no tenemos registros de su pasado, te quiero contar la historia de una mujer contemporánea, mi propia historia. Como su historia tiene muchos elementos similares a la mía, intentare reconstruir su pasado con el mío.

Nací en una ciudad con una cultura como muchas, corrompida por el pecado. Con valores distorsionados. Multitud de hogares producto de relaciones ilegales. Parejas sin casarse, hijos abandonados, sin modelos a seguir. Donde los hogares disfuncionales son la constante.

Fui la octava de entre diez hermanos. Éramos muchos y pocos los recursos. Desde muy pequeña fui testigo de los conflictos entre mis padres, algunos acontecimientos negativos marcaron el inicio de mi infancia, impregnándola de rabia y dolor, que abonaron las raíces de rebelión que traemos al mundo al nacer. En mi propia casa estaban todos los elementos necesarios que me llevarían a construir lo que sería mi vida en el futuro.

Cuando tenía nueve años, pasaron algunas cosas que crearon una atmósfera religiosa, que poco a poco predominaría en todo mi entorno. Cursando el cuarto grado de la primaria, fui bautizada en la iglesia católica. Inmediatamente después, mi madre conoce al Se-

ñor Jesús como su Salvador y comienza a resolver sus propios conflictos personales, obligándonos a asistir a la iglesia evangélica. Para mí era tan trivial como ir al club cada día, con la diferencia de que a medida que crecía, mi corazón se llenaba más de rebeldía y de una sensación de insatisfacción. Sin embargo, la Palabra de Dios se iba introduciendo en mi corazón, quedándose como un tesoro escondido en las profundidades de mi ser.

La rebelión me llevó a tener una cosmovisión del mundo totalmente distorsionada, y como consecuencia, a invertir mi escala de valores.

Empezaron a conjugarse situaciones adversas, conflictos familiares, rupturas que condicionaron las circunstancias y, sin mucha conciencia, comencé a dejarme envolver por esos elementos que finalmente me llevaron al inicio del caos y al comienzo de la caída.

Sin darme cuenta, me encontré dentro del remolino de la vida, llevándome por delante todo lo que estaba a mi paso.

# 2

## Primer contacto

Jesús le dijo: Dame de beber [...] La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber? (Juan 4.7-9).

**J**ESÚS, por una razón divina, aporta un marco propicio para la conversación con la mujer samaritana. Dejando a un lado los prejuicios culturales y religiosos, da inicio al diálogo para mostrarle a ella su verdadera necesidad. Por otro lado, ella ignoraba totalmente quien era ese hombre que intentaba abordarla con el pedido de un poco de agua.

«¿Cómo tú, me pides a mí?». En la respuesta de la samaritana, lo primero que leemos entre líneas es el bajo concepto que ella tenía de sí misma, y lo segundo una gran carga emocional. Tristeza, desilusión, desesperanza. ¿Qué había acontecido en la vida de aquella mujer que la había llevado a esa situación?

La mujer samaritana estaba sometida a muchas presiones sociales y raciales que la empujaron a una vida de dudosa reputación. En las culturas orientales,

la mujer es concebida solo para el matrimonio y para la procreación de hijos, así que cuando llega a los 20 años comienza la carrera de la desesperación, porque una mujer sin casarse y sin hijos «es como una mula, parece un caballo, pero no es» —dice un refrán árabe. Así que ella era presa de los requerimientos de la sociedad donde vivía.

Sin embargo, era una mujer respetuosa de las reglas culturales; no olvidemos que fue Jesús quien la abordó primero. También estaba a la espera de un salvador. En el versículo 25 le dijo a Jesús lo siguiente: «Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas».

Ella había ido al pozo para satisfacer una necesidad física, pero Jesús le muestra la naturaleza de su verdadera necesidad y le ofrece la solución. «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías y él te daría agua viva» (v. 10). Jesús le habla del agua de vida que satisface su necesidad espiritual. Sigamos reconstruyendo esta historia utilizando los elementos que nos brinda mi propia historia.

Mi adolescencia, como la de cualquier chica de mi edad, estuvo llena de inocencia y un desconocimiento total del mundo y sus demandas. Comencé el camino de la vida con mis ojos totalmente vendados. Caminaba el día a día, sin metas, sin reglas y con un hambre por descubrir el mundo que brillaba delante de mí. Al mismo tiempo quería escapar pero no sabía de qué ni de quién. Quizás de todo lo que me rodeaba. Con apenas quince años empecé a trabajar en una empresa fa-

miliar. Allí conocí a un joven y comenzamos un juego peligroso, no pensando en las posibles consecuencias morales y espirituales. Para nosotros era solo un juego. Como resultado, quedé embarazada. Nació mi preciosa hija, que era como una muñeca en brazos de una niña. En ese momento no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando en mi vida. Mis padres arreglaron el matrimonio, pero solo para restaurar el honor. Yo regresé a mi casa y varios años después me divorcie de él.

A todo lo que venía arrastrando se sumaba un nuevo elemento que aumentaba mi frustración y rebeldía. Me había convertido en la deshonra de la familia. Y ahora... ¿qué iba a hacer? ¿Cuál sería mi futuro? Regresé a la iglesia tratando de buscar solución a mis problemas, ignorando la naturaleza de los mismos. A partir de ese momento y por muchos años no recuerdo haber tomado ninguna decisión acertada. Lo único que recuerdo era al Señor llamándome y extendiéndome sus brazos de amor, pero que —por alguna extraña razón— yo no podía alcanzar. Al igual que la mujer samaritana estaba llena de tristeza, desilusión y desesperanza por un futuro incierto, creyendo que yo misma podría, «con un poco de suerte», resolver mis problemas. Pero, al contrario, cada día —presa del pecado— iba cayendo más profundo en el abismo que me encontraba.





# 3

## Un pozo hondo

La mujer le dijo: Señor no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo [...] Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y le dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido. Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido (Juan 4.11, 16-18).

**L**A MUJER samaritana solo podía pensar en la profundidad del pozo donde había caído. Sus ojos velados y su razonamiento humano no le dejaban ver las virtudes eternas de aquel hombre que hablaba con ella. Jesús le revela su condición, dejando al descubierto toda su vida.

Pero, ¿cómo llegó a ese punto? El pasaje de Juan 4 nos da una visión clara del presente y futuro de esta mujer, pero entre líneas tenemos solo algunos puntos que nos ayudan a imaginarnos su pasado. El mismo que la marcó y la dejó al margen de la vida cotidiana de cualquier mujer de la época. Presa de sentimientos de vergüenza que la impulsaban a esperar la hora en que la

gente descansaba para salir a buscar el agua y de esa manera evitar encontrarse con sus vecinos vestidos de moralidad y poca clemencia que de alguna manera le recordaban día a día su condición. No teniendo en cuenta que con esas actitudes ahondaban más sus heridas que, a pesar de los años, todavía sangraban y dolían. Le recordaban que era una mujer sin esperanza, que el tren de la felicidad, cargado de satisfacción, ternura, comprensión, aceptación —que cada mujer anhela tomar en la vida—, había pasado y la había dejado en la estación de la miseria.

Su propia insatisfacción, sentimiento de culpabilidad, así como deseo de aceptación, la llevaban a pensar que solo un hombre podría dignificarla y de esa manera encontrar un lugar en la sociedad a la que pertenecía. Se dedicó a buscar a ese salvador en cada hombre que encontraba por el camino. Sin embargo, lo único que lograba era pasar de mano en mano, agravando más su situación y su estado de desesperación. Al mismo tiempo la vida le cobraba cada uno de sus errores.

Estas personas vestidas de moralidad y poca clemencia nunca se detuvieron a pensar en las circunstancias que rodearon a esta mujer, empujándola por el camino del error. ¿Cuáles fueron esos factores predominantes que colocaron falsos fundamentos en su infancia y que dio como resultado una vida derrumbada?

¿No crees que sería interesante descubrir un poco ese pasado y esas circunstancias que condicionaron el

encuentro con Jesús y que al final la llevarían a ser la primera mujer misionera?

Es una pena no tener la información exacta de lo que ocurrió en la vida de la mujer samaritana, así que seguiremos reconstruyendo su historia con la información que nos arroja mi propia historia.

En ese punto de mi vida me encontraba sola a la entrada del pozo. No imaginaba lo profundo que podría ser ni lo que vendría después. Seguía jugando a la doble vida. Cada domingo asistía a la iglesia, cantaba, oraba e incluso compartía el Evangelio, pero en realidad mi vida no tenía sentido ni propósito. Recuerdo que en muchas ocasiones después de llegar del servicio dominical, me aferraba a mi almohada gritando desesperadamente como si solo ella fuera capaz de comprenderme y aceptarme.

Sabía que Jesús era la verdad, pero no era a Él a quien quería. En su lugar buscaba a un hombre que se casara conmigo, que me devolviera el valor y la dignidad que había perdido en algún lugar del camino. Sentimiento de culpabilidad, vergüenza, falta de identidad y aceptación me condujeron por una senda sin destino alguno.

Un día conocí a un hombre que era veinte años mayor que yo. Un funcionario de la seguridad del Estado. Este hombre me enseñó la realidad del mundo y me llevó a la profundidad del abismo, fue entonces cuando conocí el verdadero dolor y la verdadera desesperación. De repente me vi envuelta en una telaraña de

abusos, engaños, malos tratos y amenazas que hicieron de mi vida un verdadero calvario.

Había perdido la brújula de mi vida. No sabía de dónde venía y mucho menos a dónde iba. No tenía identidad. Los eventos que me rodeaban marcaban mi conducta. Los años siguieron pasando y cada uno pesaba más que el anterior. Cuando llegue a los 24 años parecía que había vivido 50. A esa edad tuve a mi segundo hijo y fue una experiencia muy traumática. Mi situación se agravaba. Los sentimientos de frustración se agigantaban más y más. Finalmente, llegué al ocaso del recorrido: una existencia totalmente destrozada. La vida me pesaba mucho y el pozo donde había caído era muy profundo. Todo se había vuelto gris, nada tenía sentido, y había perdido toda esperanza. Por más que a veces intentaba abrazar la fe, lo único que conseguía era esconder mi propia desgracia. Comencé a clamar a Dios para que me quitara la vida. Pensaba que todo se había terminado, que no había solución para mi enfermedad espiritual y que jamás experimentaría la paz y la felicidad que cualquier mujer anhela.

«Señor, ¡por favor, llévame contigo —clamaba constantemente—, me da igual el día que la noche!».

Todo era gris. Nada tenía sentido ni valor. Hasta que un día Dios me habló:

—Entre esta oración y el hecho de que te quites la vida hay solo una línea tan fina que no vas a saber cuándo la vas a atravesar —me dijo.

—Pero... ¿qué hago? Estoy en un foso profundo, y no tengo fuerza para salir —respondí, desesperada.

Reflexionemos un poco: desde el principio de ambas historias, tanto la de la mujer samaritana como la mía, Dios estaba presente; aunque en muchos momentos pareciera como un ser invisible y mudo, la realidad es que siempre estuvo allí. Lo que sucede es que Él espera el momento preciso para intervenir, cambiando todos los elementos contrarios para transformarlos en herramientas. Saber que el pozo profundo donde se ha caído es real y reconocer la impotencia para salir por uno mismo, es fundamental. Sin la ayuda del verdadero Salvador no existe posibilidad alguna.

Si tu condición actual se parece en algo a esta situación, no dudes en clamar a Dios, porque solo Él te puede sacar del abismo.

Señor, desde la profundidad del abismo clamo. He hecho muchos esfuerzos para salir, pero todos han sido infructuosos. Reconozco que en un punto de mi vida perdí el rumbo, y con él toda esperanza de vida. Ya no se trata solamente de ser feliz, sino del rescate urgente para salvarme. ¡Amén!



# 4

## Un encuentro profundo

Jesús le dijo: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías y él te daría agua viva (Juan 4.10).

**S**IGAMOS pensando en la mujer samaritana. En este momento ya tenemos una panorámica de cómo pudo haber sido su pasado, eso nos arroja luz sobre cuál era su presente. Me gustaría imaginar lo que ella pensó cuando Jesús se detuvo para hablar con ella, rompiendo las reglas culturales y también religiosas de aquel momento. No podemos olvidar que como rabí judío y líder religioso, Jesús no podía entablar un diálogo con una mujer de mala reputación, y mucho menos estando sola.

«¿Qué será lo que quiere este hombre conmigo, que se aprovecha que estoy sola para hablarme? Mejor le digo que estoy soltera».

O quizás pensó: «No quiero saber más nada de los hombres, mi vida está acabada».

Una cosa nos queda clara, ella no tenía ni la más remota idea de cuál era la naturaleza de su necesidad, ni quién era ese hombre que hablaba con ella. Su visión se remontaba solo a una vasija para sacar el agua. Lo que sí sabía realmente era lo acabada que estaba y lo profundo de sus heridas.

Sin embargo, ella había quedado impactada con aquel hombre que, sabiendo todo su pasado, lejos de rechazarla y condenarla le ofrece agua de vida. Por su ceguera espiritual ella no podía entender lo que realmente Jesús quería decirle:

—Mujer, el agua que yo tengo te puede limpiar de todos tus pecados. Puedo cambiar el rumbo de tu vida.

Al igual que con la mujer samaritana, mi propia ceguera espiritual no me permitía ver la naturaleza de mi necesidad. Un día llegué a mi casa arrastrando mis pies por el cansancio, no físico sino espiritual. Muchos interrogantes venían a mi mente. ¿Por qué no puedo ser diferente? ¿Qué pasa dentro de mí que no me permite aceptar el amor que Dios me ofrece? ¿Es que esa vida plena y con propósito es solo un sueño o solo es para un seleccionado grupo de personas? Allí, sentada al borde de mi cama, desnudé mi corazón y desde lo más profundo de mí ser, como el grito desgarrador de un moribundo, hice la oración más sincera que jamás había hecho:

Señor, ya no puedo más, se acabaron las pocas fuerzas que me quedaban, he intentado arreglar mi vida por todos los medios, pero lo que he logrado es hundirme más. Deseo quitarme este disfraz que tengo, no quiero engañarte ni engañarme más. Yo



sé que tú me amas, sé que has estado allí siempre, pero la verdad es que yo no te amo, nunca te he amado, porque si yo te amara no haría las cosas que hago. Por favor, ienséñame a amarte!

Aquel momento fue como cuando se derrumba un edificio y no queda nada en pie. Fui reducida a nada. Había tocado fondo, ya no había nada que aparentar ni oraciones copiadas que recitar. Me había quedado totalmente desnuda delante de Dios.

Jesús fue tan dulce conmigo, no me despreció, ni se apartó de mí por aquella confesión. Al contrario, me tomo en sus brazos y me bañó con un dulce bálsamo de paz. Podía sentir su cariño y cómo inundaba mi vida con su fragancia. Los días siguientes estuvieron marcados por una gran bonanza. Lo único que deseaba era empezar desde el principio, aprender a amar a Aquél que tanto me había amado.

Comencé una relación sincera con el Señor, aprendiendo poco a poco a caminar con Él. Las cosas mejoraron mucho, me sentía mejor, más segura y, sobre todo, con mucha paz.

Sin embargo, había algo que no entendía. En mi corazón había un dolor profundo que no podía explicar. Lloraba mucho, sabía que Dios me había perdonado y limpiado, pero el dolor estaba allí y era real. Sentimientos de vergüenza, de culpa y de temor no me dejaban experimentar el amor que Dios me brindaba.

Seguí buscando al Señor con mayor ahínco porque quería que Dios me librara de todo aquello. Un día, en

un tiempo de oración, una amiga al terminar de orar por mí me dijo lo siguiente: «Veo que tu vida es como una gran llaga que está curada por fuera pero por dentro todavía sangra». Entonces entendí que arrastraba las consecuencias de mi pecado. Era verdad que Dios me había perdonado y limpiado, pero mi corazón estaba roto.

A partir de ese momento me apropié de esta Palabra: «He aquí que yo les traeré sanidad y medicina, y los curaré y les revelaré abundancia de paz y de verdad» (Jeremías 33.6).

Tomé la firme decisión de buscar esa sanidad que me ofrecía el Señor en su Palabra. Durante meses, ayunaba y oraba derramando mi alma ante Él en busca de esa sanidad.

«Señor, desinfecta mi alma y saca todo lo que está oculto. Sáname por favor. Si me sanas te serviré el resto de mi vida. Iré a lo último de la tierra si así lo deseas» —le dije.

Dios comenzó a tratar conmigo. Lo primero que hizo fue destapar la llaga, mostrándome donde había comenzado todo y cómo Satanás me había engañado empujándome más y más al abismo. Había que revivirlo todo. Descubrir la raíz de mi dolor y llegar al mismo fondo del asunto. Recuerdo la experiencia del apóstol Pedro, después de la negación, hecho «imperdonable» que había causado en él un trauma que no le permitía perdonarse a sí mismo, aunque él sabía que Jesús ya lo había hecho. En el primer encuentro con Pedro, lo primero que Jesús hizo fue cambiarle el nombre. En vez

de «Simón, hijo de Jonás» lo llamaría «Pedro». Pero aquella noche después de la negación, Jesús lo llevó al principio de su vida y nuevamente lo llamó Simón. En aquel momento estaban presentes los mismos elementos del día de la negación: la noche, la fogata. «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?». «Sí, Señor; tú sabes que te amo». Tres veces le había negado Pedro y tres veces le llamó «Simón, hijo de Jonás» y le preguntó lo mismo.

Lo que realmente Jesús le decía era lo siguiente: «Pedro, te conozco desde el principio, tu carácter, tu temperamento aguerrido, tus fortalezas y debilidades y sabía que me negarías. Sin embargo, mi amor es eterno y está por encima de todo lo que has hecho. Lo único que quiero es tu arrepentimiento y amor. Simón, hijo de Jonás, te amo». Simón tuvo que revivirlo todo nuevamente, fue una experiencia muy dura pero el resultado fue que seguiría siendo Pedro.

Entendí que aunque el Señor me había perdonado y limpiado, yo no podía perdonarme. Había perdido de vista a Dios y me había destrozado. Era de suma importancia ser consciente de cuánta tiniebla había invadido mi alma y cuán infestada estaba. Al igual que a Pedro, el Señor me llevó al principio de todo, y allí operar mi corazón. Era como extirpar un tumor canceroso. La tristeza y el dolor no se van solo con cambiar las circunstancias, es un proceso de sanidad profunda. Fue sumamente doloroso, pero necesario. Por mucho tiempo me quedé en cuidado intensivo espiritual. Pero lo mejor fue que Jesús era mi médico de cabecera. Al

final, al salir del posoperatorio, me dio este hermoso regalo:

No tengas miedo, no quedarás en ridículo;  
no te insultarán ni tendrás de qué avergonzarte.  
Olvidarás la vergüenza de tu juventud  
y no te acordarás más de la deshonra de tu viudez,  
porque tu creador te tomará por esposa.  
Su nombre es Señor todopoderoso;  
tu redentor es el Dios Santo de Israel,  
el Dios de toda la tierra.  
Eras como una esposa joven  
abandonada y afligida,  
pero tu Dios te ha vuelto a llamar y te dice:  
«Por un corto instante te abandoné,  
pero con bondad inmensa te volveré a unir conmigo.  
En un arranque de enojo, por un momento, me oculté de ti,  
pero con amor eterno te tuve compasión».  
Lo dice el Señor, tu redentor.  
«Así como juré a Noé, cuando el diluvio,  
no volver a inundar la tierra,  
así juro ahora no volver a enojarme contigo  
ni volver a amenazarte.  
Aunque las montañas cambien de lugar  
y los cerros se vengán abajo,  
mi amor por ti no cambiará  
ni se vendrá abajo mi alianza de paz.»  
Lo dice el Señor, que se compadece de ti.  
(Isaías 54.4-10, DHH)

Finalmente, mi búsqueda había terminado, había encontrado mi verdadero y gran amor.

«Señor Jesús, muchas gracias. Ahora puedo entender y recibir tu amor. Jesús, ¡cuánto te amo!»  
¡Amén!



# 5

## Ahora, ¿quién soy?

Jesús le dijo: Mujer créeme... (Juan 4.21).

**J**ESÚS le pidió a la mujer samaritana que creyera. Pero en un contexto de engaño, abuso, egoísmo y maldad, donde posiblemente se había desenvuelto por años, lo más difícil para ella era volver a creer. ¿Cuántos hombres habían pasado por la vida de esta mujer? ¿Cuántos engaños sufridos? ¿Cuántas promesas no cumplidas? ¿Cuántas veces se quedó en el cruce del camino, cargando una maleta llena de ilusiones, esperando a aquel que no llegaría, teniendo que regresar a su cruel y dura realidad, entristecida, avergonzada y enojada consigo misma por su credulidad?

Al igual que en el caso de mi amiga la samaritana, mi capacidad de creer estaba fraccionada y el desconocimiento de las verdades de Dios me convertía en una presa fácil de Satanás, que me manipulaba como marioneta, haciéndome creer sus mentiras. Cada día traía a mi memoria las cosas pasadas, con frases como:

Jamás tu vida cambiará.  
Que Dios te dijo ¿qué?  
Que tú eres ¿quién?  
Que te dará ¿qué?  
Que te perdonó ¿qué?

Introduciendo así su veneno de duda en mi mente, dejándome paralizada y a su merced. Quedando fácilmente envuelta en su telaraña de engaños. Sentimientos de culpabilidad, de rechazo y de falta de perdón predominaban en mi vida, creyéndome menos que nada. Por todo esto no podía experimentar la vida abundante que Jesús me ofrecía, ni tampoco podía andar en sus propósitos eternos para mí.

Satanás tiene mucho interés en destruir la confianza que tenemos en Dios y en nosotros mismos, porque la incredulidad niega la eficacia del poder de Dios. Si él logra su objetivo, habrá ganado la mitad de la batalla.

Si tuviéramos plena conciencia de quiénes somos y de lo que poseemos en Cristo, nos despojaríamos de toda esa carga que nos condena y que impide que disfrutemos de las cosas que Dios ha preparado para cada uno de nosotros.

Lo que pensamos de nosotros mismos determinará, en un gran porcentaje, cómo nos conducimos. La Biblia nos dice: «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él» (Proverbios 23.7).

Jesús le dijo a la samaritana, «Si conocieras» ¡Justo allí ha estado el secreto! Conocer lo que Dios dice de nosotros y de lo que poseemos.

Jesús dijo: «Conoceréis la verdad y la verdad os



hará libres» (Juan 8.32). Necesitamos identificarnos con Cristo y asumir la posición que Él nos da.

¿Qué pasó con todos nuestros pecados? La Biblia dice en Romanos que todos somos pecadores y, por lo tanto, estamos destituidos de la gloria de Dios. Y, como la paga del pecado es muerte, estamos condenados a morir eternamente separados de Dios, por esa razón jamás podríamos experimentar una vida abundante y con propósito.

Cristo Jesús el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombre, y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2.6-8).

Cristo se ofreció como un sacrificio vivo para redimirnos de la maldición del pecado. Él recibió en la cruz el castigo de nuestras rebeliones y maldades. Ese sacrificio expiatorio nos libra de la condenación y de la muerte.

En 1 Juan 1.9 dice que «si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad». En 2.12 sigue diciendo: que nuestros pecados han sido perdonados en su nombre. ¡Qué hermosa noticia! Jesús pagó el precio de todas nuestras desobediencias, nos libró del castigo, y nos quitó esa pesada carga de la condenación del pecado que no nos dejaba vivir.

¡Qué bueno es recibir ese perdón inmerecido! Pero

¿cómo quedó nuestra vida? Toda estropeada y arrugada. ¿Como un niño que sale a jugar al campo y regresa con su ropa llena de barro? ¡No!

Tengo otra noticia para ti. Dios no solamente nos perdona nuestros pecados, sino que también Jesús nos lava y nos limpia con su sangre. En 1 Corintios 6.11 leemos que hemos sido lavados, santificados y justificados en Cristo Jesús. También Jeremías 33.8 dice que Dios nos limpiará de nuestras maldades con que pecamos contra Él.

Y no solo eso, sino que también nos pondrá vestiduras blancas sin mancha ni arruga (Apocalipsis 3.5), y lo que más me impresiona es que Dios jamás se acordará de nuestro pasado ni de todos los errores cometidos (Hebreos 8:12). ¡Gloria a Dios! Pero, ¿cómo podrá ser todo esto? El apóstol Pablo nos da la respuesta: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nueva (2 Corintios 5:17).

No quiero continuar sin darte la oportunidad de que —si no has experimentado esta liberación de la maldición del pecado y recibido el perdón de Dios— puedas hacerlo en esta misma hora haciendo esta sencilla oración: «Señor, confieso que soy pecador y que he hecho lo malo delante de ti y de los hombres. Yo me arrepiento y te pido perdón. Acepto el sacrificio que hizo tu Hijo Jesús en la cruz por mí, y lo recibo como mi Salvador y Señor. Quiero esa vida nueva que tú me ofreces. Quiero que me laves con tu sangre. ¡Amén!».

Lastimosamente, como consecuencia del pecado,

hemos perdido nuestra identidad. ¿Recuerdan la respuesta de la mujer samaritana cuando Jesús le pidió agua? «¿Cómo tú, me pides a mí de beber?» Lo que realmente le decía es. «Tú no me conoces, no sabes nada de mí. No soy nadie». Ella había perdido su identidad y por consiguiente su autoestima. Si no resolvemos bien este problemas terminaremos adoptando identidades falsas, creadas por otras personas, por la sociedad o por las circunstancias que nos rodean, que terminarán finalmente moldeando nuestra conducta. Si no sabemos quiénes somos, tampoco sabremos a dónde vamos y que poseemos en Cristo Jesús. El desconocimiento de estas verdades eternas es un factor determinante en nuestra falta de identidad, que pone en contradicción nuestros actos y rebaja nuestra autoestima. Necesitamos descubrir quiénes somos en Cristo Jesús.

En Juan 1.12 dice lo siguiente: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen es su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Significa que somos hijos de Dios, y como tales tenemos que sentirnos. Dios es nuestro Padre amoroso que nos ha perdonado y nos ha hecho parte de su familia. Ahora pertenecemos a una gran familia pero además tenemos a Cristo como nuestro amigo (Juan 15.15). Dios al lavarnos con su sangre nos dio un linaje escogido y nos hizo reales sacerdotes (1 Pedro 2.9). Nos convirtió en luz del mundo y sal de la tierra (Mateo 5.13-14). Cuando vienen las pruebas ya no tenemos temor porque nos ha hecho más que vencedores (Romanos 8.28-37). Una gran

distinción que tenemos ahora es que somos embajadores de Cristo (2 Corintios 5.20). Si seguimos escudriñando las Escrituras encontraremos decenas de títulos que Dios en su gracia nos ha dado.

Además, necesitamos saber qué poseemos en Cristo Jesús: ya no somos huérfanos, porque tenemos un Padre (Juan 20.17) y una nueva ciudadanía en los cielos, eso quiere decir que tenemos la vida eterna (1 Juan 5.11). Si tenemos un Padre, significa que vamos a heredarle y coheredar con Cristo (Efesios 1.18 y Romanos 8.17). No necesitamos nada, porque todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido entregadas por Jesucristo (2 Pedro 1.3-4). Dios me ha dado una armadura para defenderme del maligno (Efesios 6.13-17). Todo lo puedo en Cristo que me fortalece (Filipenses 4.13). Algo que me encanta es que en Cristo estamos completos, porque tenemos la unción del Santo (Colosense 2.10 y 1 Juan 2.20).

Y nada creado, ni arriba, ni en la tierra ni debajo de la tierra me puede separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8.38-39).

De igual manera, somos especiales porque Dios nos ama y entregó a su Hijo por nosotros.

No sé hasta qué punto Satanás te ha engañado, ni cuanto terreno ha ganado en tu vida, pero es hora de cortarle el camino; y la única arma posible para hacerle frente es la Palabra del Dios eterno. Nuestro hermano Pablo escribió en 2 Corintios 10.4-5:

Que las armas que usamos no son las del mundo, sino que son poder de Dios capaz de destruir fortalezas. Y así destruimos las acusaciones y toda altanería que pretenda impedir que se conozca a Dios. Todo pensamiento humano lo sometemos a Cristo, para que lo obedezca a él (DHH).

En la vida, creer es una decisión. Si no crees, seguirás siendo presa fácil de Satanás y él seguirá robándote cada aliento hasta convertirte en un ser miserable y después acabar contigo definitivamente. Pero si decides creer, Jesús te garantiza una vida con propósito y en ascenso.

En este punto del camino te invito a volver a creer. Y creer a Dios significa:

Creer que Él es quien dice ser, y que puede hacer todo lo que dice que es capaz de hacer.

Creer que yo soy quien Él dice que soy, y que puedo hacer todo lo que dice que soy capaz de hacer.

Te animo a que hagas tu propia lista y la pongas en un lugar visible para que recuerdes cada día quién eres y qué posees en Cristo Jesús.



# 6

## Una respuesta de amor

Jesús le dijo: Yo soy [...]. Entonces la mujer dejó su cántaro, y se fue a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho (Juan 4.26-29).

**J**ESÚS había impactado la vida de la mujer de Samaria de tal manera que había causado una reacción casi impulsiva. Ella tenía en sus manos el tesoro más precioso que jamás en su vida hubiera imaginado. Por primera vez, alguien se le había acercado sin la sucia idea de aprovecharse de ella. La había mirado con ojos de misericordia, revelándole el valor que ella tenía, y había sabido mirar su nobleza y corazón sensible a la voz de Dios.

Así que ella, en respuesta a ese amor, sin pensarlo dos veces, salió corriendo dejando tirado su cántaro.

¿Pero qué significaba dejar el cántaro? ¿Qué implicaciones tenía para esta mujer? En esa cultura, las mujeres no salían solas a la calle sin un motivo claro. Buscar el agua del pozo se considera una labor doméstica

exclusiva de mujeres. Los hombres jamás realizarían esa labor. Así que ir al pozo era una linda oportunidad para salir en grupo y en medio de conversaciones triviales y pequeños chismorreos, convertir esta labor en una ocasión para dejar a un lado sus propias insatisfacciones y saborear un poco de libertad.

El cántaro es un objeto que las identifica como mujeres dignas, responsables y cumplidoras de sus obligaciones. Para la mujer samaritana, en particular, el cántaro representaba lo único que la identificaba como una mujer de su casa, paradójicamente era lo que le daba valor y dignidad. Al verla sin el cántaro, sus vecinas vestidas de moralidad y poca clemencia, quizás podrían imaginar que ella había salido a la calle en sus andanzas, dando rienda suelta a su inmoralidad.

Ella lo sabía y, sin embargo, decidió correr el riesgo. No se detuvo a pensar en las consecuencias que podría acarrear aquella decisión, ni qué pasaría si los hombres del pueblo no le creerían. Tenía urgencia de compartir con otros el tesoro que había encontrado.

Cuántos obstáculos y barreras tendría que vencer la samaritana en el nuevo rol de mensajera de buenas nuevas. Para poder reconstruir aquel panorama y dar respuesta a tantos interrogantes seguiremos tomando los elementos que nos brinda mi propia historia.

Un día busqué a mi amiga inseparable, la Biblia. La tenía en una mesita de luz junto a una pequeña radio. Ella se ha convertido en la luz que alumbraba mi camino. Me sumergía en las profundidades de sus riquezas, saciando la sed que se producía en mi alma. La



abrí al azar y resaltó en ella un pasaje que me atemorizó:

Pero levántate, ponte de pie, porque me he aparecido a ti para designarte como mi servidor y testigo de lo que ahora has visto y de lo que todavía has de ver de mí (Hechos 26.16, DHH).

Asustada por esas palabras la cerré rápidamente, y opté por escuchar radio. Al encenderla, inmediatamente escuché que el locutor leía el mismísimo pasaje bíblico: Pero levántate, ponte de pie, porque me he aparecido a ti para designarte como mi servidor y testigo de lo que ahora has visto y de lo que todavía has de ver de mí». Mi alma se compungió dentro de mí porque sabía que Dios me estaba llamando a la obra misionera.

En los años siguientes me involucré en la evangelización local y en la plantación de iglesias, pero como una labor secundaria. No imaginaba el camino que Dios había preparado para mí.

Continué con mis labores seculares. Para ese entonces administraba la empresa de mi familia que se dedicaba a la impresión y reproducción de todo tipo de material informativo.

Sin embargo, seguía sin afrontar algunos cambios que Dios me pedía en el orden de mis prioridades. Lo más importante en ese momento era incursionar en el mundo de los negocios. Quería buscar nuevas tecnologías para la empresa que administraba. Un día escuché

de un grupo de la iglesia que iba a San Pablo, Brasil, a una conferencia, que se realizaría al lado de la Exposición Industrial de Ciencia y Tecnología. Es la oportunidad de mi vida, pensé. Así que me apunté con el grupo y me fui a Brasil, sin siquiera darme por enterada de qué trataba la conferencia. Mi interés era enteramente empresarial.

Varios meses después, producto de aquella conferencia, recibí un folleto llamado «Luz a las naciones», que hablaba de la necesidad de la evangelización mundial. Fue entonces cuando descubrí que en Brasil se había realizado el primer Congreso Misionero Iberoamericano, COMIBAM 87. Aquel folleto que recibía bimestralmente comenzó a abrir mis ojos sobre la realidad de un mundo perdido sin Cristo.

Sin embargo, continué mi vida dedicada a los negocios. En 1989 me hablaron de un programa de vacaciones con propósito que dirigía Operación Movilización (OM), denominado *Love Europe*. Serían diez días de conferencias en Alemania y seis semanas de evangelización en cualquier país de Europa. Así que pensé que sería una buena oportunidad para visitar a los mayores fabricantes de impresoras y ver las nuevas tecnologías del ramo.

Me apunté con el grupo y me fui muy animada a Alemania por lo que podría representar ese viaje para el futuro de la empresa. El primer día de conferencia, cuando intentaba escapar para realizar mis verdaderos propósitos del viaje, me caí lesionándome un tobillo. Esto alteraba todos mis planes. Así que con un par

de muletas, me vi obligada a asistir fielmente a cada reunión, cada taller, cada conferencia. Allí Dios comenzó a cambiar mi cosmovisión del mundo. Después de las conferencias salimos de Alemania, atravesando Francia, hasta llegar a Valladolid, España, donde estuve involucrada tanto en la evangelización casa por casa, en las plazas y compartiendo con gitanos, como con otros ministerios. En los tres días de camino de regreso a Alemania para tomar nuestro vuelo de vuelta a Venezuela, estuve reflexionando en todo lo vivido. Un llamado a otras naciones y otras culturas, resonaba muy fuerte en mi cabeza. ¡Cuántas preguntas sin respuesta! ¿Cómo es eso de ser misionera transcultural? Todo era demasiado confuso, pero algo sí tenía claro: Dios me llamaba a servirle cruzando fronteras.

Pero había todavía muchas cosas por resolver y, sobre todo, un sueño que había acariciado por muchos años: tener mi propia empresa. Dios comenzó a poner en orden toda mi vida, y un día se me ocurrió hacer la siguiente oración:

Señor, Tú sabes que tengo un sueño desde hace muchos años, y es importante para mí. Si tú me das esa empresa, después yo la regalo. E iré a servirte hasta lo último de la tierra, si quieres.

No sabía lo serio que se toma Dios nuestras peticiones. Pasaron ocho años y finalmente tenía mi propio cántaro, es decir, mi propia empresa. Me sentía realizada.

Simultáneamente, me había involucrado en un mo-

vimiento de intercesión y promoción por los pueblos no alcanzados. Mi corazón ardía por India. Comenzaron los preparativos para el Segundo Congreso Misionero Iberoamericano, COMIBAM 97, en Acapulco, México. Me emocionaba participar, esta vez con un conocimiento pleno de lo que significaba, a la vez que sentía que se acercaba la hora para tomar en serio mi llamado misionero. Durante ese congreso Dios me desafió fuertemente. Cuando terminó la actividad tenía la plena convicción de que era el tiempo de dejar mi tierra y mi parentela.

Un par de meses después llegó a la congregación la directora de Operación Timoteo para impartir un curso de *Perspectivas de la Misión Mundial* (desarrollado por Jonatán Lewis). Al concluir, ella me desafió a continuar mis estudios en la Universidad de la Naciones, en Holanda, y luego ir a India para servir entre los más necesitados de ese país.

Con mucha convicción de que Dios había diseñado ese plan para mí, lo acepté. Para ese entonces, yo era miembro de una iglesia muy pequeña, con no más de 50 personas. Ellos decidieron apoyarme con diez dólares mensuales. ¿Pero cómo podremos sobrevivir en Holanda, mi hijo y yo, con diez dólares mensuales? Supe entonces que tenía que desarrollar una actitud de plena confianza en la provisión de Dios.

Sin embargo, seguía pensando en la empresa, viendo en ella mi salvación financiera, desconociendo los planes que Dios había preparado de antemano. Alquilé la empresa, cerré el apartamento, vendí mi automóvil.

Pero, a diferencia de la mujer samaritana, salí cargando mi cántaro, faltando a la promesa que le había hecho al Señor. Emprendimos el viaje con la maleta llena de ilusiones, la cual muy pronto se desvanecerían por los golpes que enfrentaría.



# 7

## Enfrentando a gigantes

Y muchos de aquella ciudad [...] creyeron en Él por la palabra de la mujer (Juan 4.39).

**U**NA NUEVA etapa había comenzado en la vida de los samaritanos. Jesús, en el encuentro con la mujer, había roto todas las barreras que impedían alcanzarlos. Él le dijo a sus discípulos: «Levantad los ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega». Lo que Jesús veía era el centenar de hombres vistiendo sus túnicas blancas, viniendo hacia Él, conducidos por la mujer samaritana, produciéndose la primera cosecha transcultural. Ella —que un tiempo atrás había sido una mujer insignificante, con una influencia tan negativa, con la que ninguna mujer que se respetara a sí misma osaría tener una amistad— ahora se había convertido en un agente de cambio, impactando vidas y cambiando el destino eterno de su pueblo.

¡Cuántas cosas tenía por hacer! Necesitaba prepa-

rarse para el nuevo trabajo. Todavía quedaba mucha gente que no sabía que había llegado el Mesías. ¿Cuántos más vendrían a ella cada día para que nuevamente les contase con detalles cómo había sido ese encuentro con Jesús? ¿Cómo explicar que ya no adorarían al Padre ni en el monte Gerizim ni en Jerusalén? ¿Cómo es adorar en espíritu y en verdad? Seguro que también querrían saber lo del agua de vida que quita la sed. Ella lo sabía porque Jesús se lo había enseñado.

También necesitaba ganar la confianza de sus vecinas, hacer los ajustes necesarios en su nueva vida. Dejaría al hombre que seguramente pagaba sus gastos, necesitaría un trabajo, una nueva casa. Pensemos un poquito en todos los temores que la asaltaron. ¡Cuántas preguntas sin respuestas! Las dudas que nunca faltan, sus propios conflictos de autoestima baja, resultado de su vida pasada. ¡Cuántos gigantes internos y externos tenía que enfrentar! En fin, si damos rienda suelta a nuestra imaginación nos faltaría espacio en estas páginas para seguir escribiendo. Pero algo sí nos queda claro: la vida y el ministerio de esta mujer solo había comenzado.

Sigamos reconstruyendo estas historias, intentando conocer con detalles lo ocurrido. «Soy misionera», era todo lo que venía a mi mente en el trayecto del viaje, ignorando totalmente las repercusiones que esto conlleva y las batallas que debería librar.

Ámsterdam, ciudad de las luces —como se le conoce—, llena de dulces aromas a tulipanes y hermosas rosas recién cortadas, exquisitos quesos y embriagado-



res chocolates que invitan al turista a dejarse envolver por ella. Ciudad construida sobre el agua, barcos atravesando las calles, edificios centenarios que cuentan la historia que la caracteriza y la distingue. Ciudad colorida que acelera el ritmo cardíaco de cualquier mortal. Convergen unas 160 culturas diferentes, que han hecho de Ámsterdam su hogar. Ciudad de la tolerancia que, paradójicamente, está sumergida en la más profunda de las tinieblas. Al llegar allí y bajar del avión algo extraño sucedió: mis pies estaban como paralizados. Era un dolor terrible que me impedía caminar. Por más que intentaba alegrarme con aquel hecho histórico que estaba marcando mi vida, me era imposible a causa del dolor. ¿Qué era todo esto? Jamás he tenido ninguna enfermedad, siempre he sido una mujer saludable, pensaba.

No obstante, comencé mis clases teórico-prácticas con mucha ilusión. Me involucré en el ministerio de El Buen Samaritano, de Juventud con una Misión (JUCUM), con las denominadas «mujeres de la vitrina». Íbamos por las noches a los lugares donde ellas practican la prostitución, llevando café, té, galletas, orando por ellas y compartiéndoles el Evangelio. Trabajaba en el área de las mujeres centroamericanas. Mujeres que habían salido de sus países con la esperanza de ganar un poco de dinero y enviarlo para el sostenimiento de sus hijos, pero que habían quedado atrapadas en el torbellino del pecado y del vicio. Muchas de ellas recibían droga a cambio de sus servicios, empujándolas más y más a un abismo sin salida. En ocasiones las re-

cogíamos de las calles, acabadas por la droga, el hambre y el frío; presa de la miseria, de la degradación moral, emocional y espiritual. Las llevábamos a la casa de refugio, bañándolas, vistiéndolas y dándoles un plato de comida caliente. Intentábamos devolverles un poco de dignidad a través del amor de Dios, compartiendo el Evangelio de esperanza y verdadera luz. Unas 1.500 mujeres son esclavas del pecado en el Distrito Rojo, como lo llaman. Hombres de todas partes del mundo vienen a embriagarse de pecado en este lugar. Al ir allí, sentía que bajaba hasta el fondo del abismo en busca de un alma perdida sedienta del conocimiento de Dios.

En una ocasión, estuve compartiendo con una chica, y después de hablarle del Señor, la desafié a que dejara ese oficio por amor a Dios, a sus hijos y por amor a ella misma. Varias semanas más tarde la encontré en la calle, al principio no la reconocí porque iba honestamente vestida, y me dijo: «He dejado el trabajo de la prostitución y Dios me dio un trabajo limpiando en un hospital». ¡Gloria a Dios!

Al mismo tiempo, seguía con el problema de mis pies. Muchos venían y oraban pero nada sucedía. Llegué a caminar como una niña de dos años. Toda esta situación era muy frustrante. A esto había que sumar que recibí la noticia de que la persona a la que había dejado encargada de la empresa, la había cerrado, dejando algunos asuntos sin resolver. La iglesia de la cual era miembro, había sufrido una división y casi había desaparecido y los diez dólares que me habían ofrecido jamás llegarían. Pagaba unos 400 dólares mensuales

por la manutención y estudios. Mi hijo —que ya tenía 16 años y que había venido conmigo a hacer la Escuela de Discipulado y Entrenamiento (DTS)— se vio obligado por las leyes educativas holandesas a entrar en una escuela pública para terminar sus estudios, pues allí es obligatorio para los menores de edad.

Me asaltaron los temores. Ámsterdam —la ciudad de la tolerancia—, donde el pecado está a la orden del día: la prostitución, la drogadicción y la homosexualidad, todo es legal allí. Mi hijo en plena adolescencia, viviendo a solo cinco cuadras del Distrito Rojo. Era como estar viviendo en Sodoma y Gomorra. Un día mi hijo me dijo: «Madre si vieras lo que sucede en mi escuela, seguro me sacarías volando como un cohete». A pesar de todo, me aferraba al Señor. Seguía con mis clases, trabajando con la firme convicción de que Dios me había llevado a ese lugar. Mi situación financiera era sumamente difícil, una verdadera agonía cuando llegaba la fecha de los pagos. Vivía de milagro en milagro. ¡Cuántas estructuras se estaban rompiendo en mi vida en ese tiempo! Conseguí un trabajo de doméstica y Satanás no perdía la ocasión para torturarme: «¿Por esto cambiaste tu vida de éxito en los negocios? ¿Para convertirte en una sirvienta?». Sin embargo, yo seguía creyendo en los planes de Dios para mí. Me animaba saber que pronto saldríamos a la India para trabajar con los pobres, anunciándoles el Evangelio.

Llegó el tiempo de salir, pero lamentablemente hubo un cambio de planes e India se había cancelado por razones de visado. Dios, ¿qué es esto? ¿Una pelícu-

la de terror o qué?, pensé. Lo que no sabía era que Él me había llevado allí para tratar muchas áreas de mi vida y derrumbar mis propios gigantes, preparándome para lo que realmente Él tenía para mí.

En este punto, todas mis expectativas e ilusiones de la obra misionera estaban deshechas. Nos ofrecieron las opciones para realizar el trabajo evangelístico en Suecia, Venezuela o el norte de África. Estaba tan desanimada que todo me daba igual. Así que pensé en Venezuela como mi primera opción, ya que me resistía de una forma rotunda a ir a África. Casi todas mis fuerzas se habían ido, sobre todo en el tema de finanzas y mi nueva enfermedad en los pies. Comenzamos a orar buscando la dirección de Dios, porque todo el equipo de estudiantes deberíamos ir al mismo lugar. «Para el norte de África conmigo no cuenten —les repetía—, sin embargo, iré a donde Dios me diga que debo ir».

Con extrema dificultad había terminado de pagar mi parte teórica y necesitaba 4.000 dólares para ese viaje. Era imposible para mí cubrir esos gastos. Así que comencé a orar de la forma más sencilla y sincera que conozco.

Señor, estoy aquí porque tú me has traído, iré a donde tú quieras que vaya, y como el que invita paga, no me preocuparé más por el dinero. Solo necesito que tú me hables. ¡Amén!

Un par de días después, entrando a mi habitación, Dios de una manera tan fuerte me dijo: «Te llevo al norte de África».

En ese momento sentí cómo me abrazaba y quitaba

toda aquella carga de ansiedad que traía sobre mis hombros.

Al día siguiente, entré en la oficina del director.

—Voy al norte de África, pero no tengo ni un centavo para pagar —le dije.

Me miró fijamente y respondió:

—¿Cómo que no tienes dinero para pagar? De los 50 alumnos que salen de práctica, tú has sido la primera en pagarlo todo.

¡Alguien había venido y pagado mi cuenta! El director continuó viéndome a los ojos:

—Nora, Dios y yo creemos en ti —agregó, con un tono que no podré olvidar.

Comencé a llorar de una forma incontrolable. Solo podía ver a Dios hablándome a través de este hermano y diciendo: «Yo creo en ti... Creo en ti...». Entendí inmediatamente que era yo la que no creía en mí misma y esto no dejaba que descubriera los propósitos de Dios para mi vida.

Con mucha ilusión preparé mi viaje y salí a un país en el norte de África que por razón de seguridad lo llamaremos Madón. Dios me llevaba a trabajar en el mundo islámico.

Parte de nuestro trabajo inicial eran realizar caminatas de oración, reconocer los lugares estratégicos, descubrir las fortalezas y debilidades de la cultura, y diseñar posibles maneras para alcanzar a este pueblo con el Evangelio de Jesucristo.

Llegamos durante el Ramadán (mes de ayuno musulmán). En ese tiempo estaba la guerra en Irak y los

árabes, en respuesta, estaban sumamente agresivos con los extranjeros haciendo más difícil nuestra estadía. El primer día de caminata de oración, Dios habló fuertemente a mi corazón: «Este es el lugar y el pueblo que he preparado para que me sirvas» —me dijo.

Yo le respondí que no entendía cómo podría alcanzar a estas mujeres. Con toda esa ropa, me parecían como muralla impenetrable. «Yo no he creado mujeres musulmanas» —fue su respuesta.

La mujer es igual en todo el mundo, pensé. Sufrimos y nos alegramos por lo mismo. Dios puso en nosotras muchas cosas que nos hacen diferentes de los hombres. La gracia que nos adorna, la fuerza y al mismo tiempo la delicadeza que nos caracteriza, los sentimientos más sublimes que emanan de lo profundo del corazón, la capacidad de ser madres y experimentar ese amor tan puro que ello conlleva. Al respecto de esto último, alguien dijo que lo más parecido al amor de Dios es el amor de una madre. Todas estas cosas también están presentes en las mujeres musulmanas. Por tanto, debajo de todo aquel atuendo hay una mujer con las mismas necesidades y retos que yo. Finalmente, comenzaba a ver los propósitos de Dios en toda aquella locura que me pareció el tiempo que viví en Holanda.

A la vez, el problema de mis pies continuaba. Cada día se hacía más pesado para mí. No entendía la razón. La verdad es que a pesar de estar en el lugar indicado y con la gente indicada atravesaba una crisis de fe.

«Señor, ¿por qué no me sanas? Yo no puedo continuar así. No lo entiendo» —le oraba constantemente.

Una noche, tuve un sueño. En él vi como Satanás tenía mis pies totalmente amarrados y cómo me impedía avanzar. Al levantarme, entendí lo que realmente me pasaba. Así que decidí redoblar mis tiempos de caminata de oración e intercesión por este pueblo. No permitiría que Satanás nunca más me robara los propósitos de Dios. Sin darme cuenta, y a medida que realizaba el trabajo ¡Dios me fue sanando!

Llegó el día de dejar el norte de África y regresar a Holanda para culminar mis estudios. Aquel día fue muy triste. Solo mi cuerpo partía, porque mi corazón y mi alma quedaban sembrados en esas inhóspitas tierras. Cuando me alejaba en el barco en medio de aquel triste atardecer, viendo al sol enrojecido de África, intentando besar al mar y al mar reflejando su radiante belleza, descubrí que pertenecía a aquella gente y a aquel lugar. Nunca más me olvidaría de ellos. Dios me había dado un pueblo al que necesitaba regresar y dejar en él una huella, así como la mujer samaritana la había dejado en su propio pueblo.

¡De nuevo en Holanda! ¡Cuántas cosas habían cambiado es ese pequeño período de tiempo!, inclusive yo no era la misma. Conocía los propósitos de Dios para mi vida y tenía un horizonte más claro. Había tenido el primer contacto con los bereberes de norte de África y me habían robado el corazón. Ahora todo cobraba sentido. Lo que antes me parecía una locura, se había convertido en el camino por donde Dios me había guiado para encontrarme con sus propósitos eternos. Pero la incógnita era ¿cómo regresaré? No tenía finanzas, ni

siquiera una iglesia que me cobijara desde mi país. ¿Cómo iba a ser posible que me convirtiera en una misionera entre los bereberes? Me asaltaron las dudas y se apoderó de mí el temor.

—Es tiempo de regresar a Venezuela —me susurró el Señor.

—Pero, Señor, desde aquí estoy más cerca. Si regreso a Venezuela seguro no volveré a salir —le dije con mucha tristeza.

Él, dulcemente, me llevó a su Palabra y me hizo esta promesa:

Porque con alegría saldréis y con paz seréis devueltos (Isaías 56.12).

Sabía que había gigantes en mi país que todavía tenía que vencer. Necesitaba empezar desde el principio. Pero tenía la poderosa promesa del Señor de que regresaría con paz y con la bendición de la obediencia.

Al llegar a Venezuela lo primero que hice fue hacerme miembro de una de las iglesias más involucradas en misiones mundiales de mi ciudad. Así que me fue fácil conversar sobre el norte de África porque hablábamos el mismo idioma. Me involucré, tanto en el área de misiones locales, como en la intercesión a favor de los no alcanzados del mundo.

Dos años y medio fue el tiempo que tuve que esperar para salir de nuevo al norte de África. Tiempo que se me hizo eterno. Fueron muchos los obstáculos, pero



en cada uno de ellos veía la confirmación de los planes de Dios para mí.

Cuando se acercó el tiempo de salir, empecé a valorar el precio a pagar, vi que para mí era realmente muy alto. Toda mi familia, mis padres, mis hermanos, dos hijos y dos hermosos nietos traían un aire fresco a mi vida. ¿Cómo dejarlos? No puedo. Comenzó en mí la agonía de la separación. Vino a mi mente la idea de quedarme y trabajar en la preparación y envío de nuevos misioneros. Acariciando esa idea, pensaba calmar mi espíritu que cada día me instaba a salir. Oraba constantemente, clamando al Señor por fortaleza, sufriendo ese dolor terrible de la pérdida.

Un día, Dios habló lo siguiente:

El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí, el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí (Mateo 10.37-38).

Con mucho dolor y sin saber lo que me esperaba tome el avión y partí...

Cuando llegué venía cargando con una serie de sentimiento de pérdida, de separación, la tristeza y emociones que en muchas ocasiones no sabía cómo manejar. Sumado a todos aquellos cambios bruscos que se producían al inicio de esta nueva etapa de mi vida, empecé a reaccionar a las diferentes situaciones que se presentaban de una forma no habitual. La gente comenzó a decir que era el choque transcultural. Yo tenía

conocimiento del tema. Sabía que es la ansiedad, los sentimientos de sorpresa, desorientación, confusión, o la incapacidad de asimilar la nueva cultura, creando dificultades en saber qué es apropiado y qué no lo es. No obstante, ese choque transcultural me estaba afectando más de lo pensado.

Por todas las cosas —que a través de los diferentes medios informativos ya conocemos— el mundo árabe está envuelto en un espíritu de temor. Todos tienen miedo a algo: a expresarse, a sacar a la luz los errores, al «qué dirán». Este espíritu de temor tiene una influencia determinante en la conducta de sus habitantes y, por supuesto, también intenta influenciar a los obreros que trabajan entre ellos. La casa donde recibiríamos la capacitación que duraría cuatro meses, antes de comenzar el trabajo, se encontraba en un barrio muy popular. Gente muy tradicional y muy apegada a las normas culturales eran nuestros vecinos. Al segundo día, después de haber arribado, ya estaba muerta de miedo. Solo pensaba en el día de regresar.

—Me faltan 2 años, 11 meses, 28 días y 10 horas —me repetía a mí misma.

Todo era tan diferente. Tenía miedo de los musulmanes con apariencia radical, de la policía, etc. Pensaba en lo que podrían hacerme si descubrían que era misionera... o por el solo hecho de ser mujer. Miedo a no poder declarar mi fe, y ni siquiera poder pensar en compartirla con la gente. Le decía una y otra vez a mi Padre celestial que no podría lograrlo. Argumentaba con Dios como si Él desconociera todo lo que estaba vi-

viendo. Mejor me regreso, porque además, este idioma es imposible de aprender y creo que lo del llamado yo me lo inventé, me seguía repitiendo, tratando de convencerme a mí misma y a Dios de lo que me acontecía. Caí de rodillas, no pudiendo sostenerme más sobre mis pies, clamando a Dios, pidiéndole ayuda, con su forma tan dulce de hablar al corazón me recordó que no me había «dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y dominio propio» (2 Timoteo 1.7). Inmediatamente, me inundó con su presencia y su Espíritu Santo me infundió el coraje y la fuerza que necesitaba para continuar, recordándome cómo debería manejar estas diferencias culturales.

La capacitación consiste, en buena parte, en el sumergimiento total en la cultura, conviviendo con la gente y siendo parte de ellos. Tratando de descubrir sus debilidades y fortalezas, los tesoros que ella oculta y encontrar un lugar para desarrollar el ministerio que Dios nos ha entregado. Al final, deberíamos realizar un trabajo de investigación que describiera estos aspectos y también que delineara las diferentes estrategias para alcanzarlos. En esto estaba yo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El denominado COT (Curso de Orientación Transcultural) lo imparte la misión PM Internacional a todos obreros que van a trabajar al mundo islámico, y consiste en unos 4 meses de inmersión en la cultura anfitriona... (N. del E.).



# 8

## La tierra prometida

Y creyeron muchos más por la palabra de él, y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo (Juan 4.41-42).

**M**UCHOS pensarán que este es el final del relato de la mujer samaritana, pero en realidad es que este encuentro marcó el comienzo de un nuevo tiempo de Dios para este pueblo. Dentro de los siguientes 3 años se fundaría la primera iglesia transcultural de los samaritanos, y la aldea de Sicar quizá se convertiría en el centro de actividades evangelísticas y de testimonio. Jesús comisiona a sus discípulos para que continúen el trabajo (Hechos 1.8) y luego levanta a un misionero que traspase las barreras culturales y recoja la cosecha (cap. 8). ¡Qué importante es el trabajo de los que nos anteceden preparando la tierra para el tiempo de la siega! La mujer samaritana lo había hecho. Con ella había comenzado un ministerio que continúa hasta el

día de hoy, porque multitudes siguen viniendo a Cristo por la influencia del relato de Juan capítulo 4.

Solamente el cielo revelará, en su totalidad, el impacto y los frutos procedentes del encuentro de Jesús con esta mujer.

Imaginemos por un momento qué habría pasado si la gente que conocía a esta mujer y su dudosa reputación —sus familiares, sus vecinos y toda la gente que de alguna forma eran parte de su vida— no hubieran creído en ella. No estoy hablando del mensaje que ella les traía, sino de su sincero deseo de cambio, su verdadera intención de comenzar a vivir en los propósitos de Dios. Si esto hubiera sucedido, habría sido un duro golpe a su nueva fe, causando estragos en su vida, dificultándole experimentar el verdadero amor y la obra transformadora del Señor. Le impediría creer en la gente y, nuevamente, se sentiría usada y defraudada.

Esto me lleva a pensar en lo importante que son las personas que Él usa como instrumentos para afirmar nuestra identidad en Cristo. Personas que tienen la misma mirada compasiva de Jesús, que con valores como el respeto, la integridad, y la honestidad fortalecen nuestra vida y animan a seguir adelante.

Gente que acredite nuestros sueños y que con su ejemplo nos enseñe a mirar a las demás personas como la imagen de Dios que son. Gente que enseña a creer en los demás, creer en las oportunidades, creer también que nos podemos convertir en instrumentos para bendecir las familias de la tierra.

Puedo imaginar cuántos se le acercaron a la mujer

samaritana para animarla y agradecer su osadía de dejar el cántaro, venir corriendo, no importando los obstáculos para vencer, y llevar a su pueblo las buenas nuevas de salvación. Gente que no cuestionó su proceder ni se puso a pensar que era un teatro que había armado para atraer la atención, sino que al contrario, pudo ver en ella la obra transformadora de Dios, siendo también ellos instrumento de lo que Él quería hacer en ella y a través de ella.

Una de mis grandes dificultades siempre fue creer en lo que Dios iba hacer a través de mí en el lugar donde me había llevado para servirle. Para fortalecer esta área, trajo a mi vida personas hermosas que no solo creyeron en mis sueños, sino que —soñando juntos— nos remontamos en las alas de lo imposible para el hombre pero posible para Dios. Ellos pasaron a ser no solo una parte importante en mi vida sino en todo el mover suyo a favor de este pueblo. Es mucha gente, pero por razones de espacio escogeré tan solo a un par y remembraremos el inicio de todo lo que ha hecho por estas tierras.

Cuando llegué en Madón a la primera ciudad donde comencé a trabajar, tenía un reto muy grande por delante. Sin embargo, no sabía ni por dónde ni cómo empezar. Entonces llegó Zaza, una psicóloga que —para ese entonces— era la única mujer en la Junta Directiva

de la organización a la cual pertenezco.<sup>2</sup> Una mulata hermosa, con una sonrisa que la caracteriza y la hace accesible a la gente.

—Vamos a soñar juntas, pero vamos a hacerlo en un café, al estilo árabe —fue lo primero que me dijo.

Los cafés son sitios muy típicos en esta cultura. Es el lugar ideal para todo tipo de reuniones, formales e informales. Así que, rompiendo un poco la forma cultural (ya que solo los hombres los frecuentan), asumimos nuestro rol de turistas y nos fuimos a un café. Lo primero fue deleitarnos con un exquisito té de menta.

El té en esta cultura representa la vida, todo gira alrededor de él. Reuniones familiares, de negocios, de amistad, todo es endulzados con su aroma y hasta las situaciones más tensas, son suavizadas con esta espumosa bebida. Por unos minutos, nos concentramos en observar a la gente, para tratar de entender sus pensamientos y su forma de conducirse. Interpretar sus gestos, mirando más allá de sus ropas y tratando de descubrir los tesoros escondidos en sus corazones. Buscar la belleza interior y ver la imagen de Dios en ellos.

Ella me dijo cosas muy importante que marcaron el horizonte de lo que llegaría a ser mi trabajo a futuro.

—Las personas jamás pueden ser metas ni objetivos —me aclaró. Dios les amó tanto que envió a su Hijo Jesucristo a morir en el Calvario para salvarles. Ellos son el objeto de su amor. Así que haremos proyectos para

<sup>2</sup> Actualmente (2013) ella, Elizete (Zaza) Lima Neto ocupa el cargo de presidenta de la Junta Directiva (*N. del E.*).



amarles, para dignificarles y mostrarles su amor. Hay dos palabras que identificaran nuestro trabajo entre los discapacitados de este pueblo: Kima y Karama, que significan: «valor» y «dignidad». El valor que tienen para Dios y la dignidad que Satanás les ha robado. Trabajemos para devolverles ese valor y esa identidad y ellos encontraran al Señor a través del amor de Dios que mora en nuestras vidas.

Me enseñó a dar los primeros pasos en el área de proyectos, monitoreándome por varios años. Colocó en mis manos las herramientas necesarias para poder cumplir la misión que traía desde que salí de mi país. Hasta hoy sigue siendo un referente para mí.

Gloria a Dios, ya tenía una visión más clara de lo que tenía que hacer. Seguí soñando y Dios me dio un hermoso y gigantesco sueño: trabajar en todas las ciudades del sur que no tienen testimonio cristiano ni gente trabajando en ellas. Al pensar en ese sueño, mi corazón latía a un ritmo más acelerado. La visión era «el sur para Cristo» y la estrategia sería escoger las ciudades más grandes y establecer centros de rehabilitación para niños con problemas motores y cerebrales y comenzar a dar testimonio del amor de Dios. Comencé a compartir mi sueño con algunas personas y pronto salieron los profetas del desastre para recordarme algunos puntos que realmente eran verdad. ¿Cómo se hará posible ese sueño? No tienes idioma, no tienes dinero y no tienes equipo y, además, eres una mujer sola en medio de una cultura extremadamente machista, donde

son los hombres los que manejan todos los asuntos relacionados con la problemática de la comunidad.

En ese momento, me encontraba frente a una terrible realidad, esos profetas del desastre me habían minimizado, agrandando los obstáculos, intentando que mi sueño se esfumara. Comencé a desinflarme lentamente como un globo pinchado y Dios vino a mi encuentro diciéndome lo siguiente: «Este no es tu sueño, sino el mío», entonces comprendí que no era yo la que haría la obra, sino Él. Solo tendría que hacer mi parte y dejar que Él hiciera la suya. Me levanté y decidí abrazar el sueño de Dios, porque sus sueños siempre son posibles. Intensifiqué mis esfuerzos en el estudio del idioma, como me correspondía hacer, recordando cada día que «todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

Un buen día, vino a visitarme un hermano en la fe. Es mitad estadounidense y mitad español. Le conté la visión y se quedó prendado de ella.

—Cásate con esta visión. Hazla tuya vive y muere por ella —le propuse.

—Lo pensaré —respondió.

Sin embargo, a los dos minutos me dio la respuesta:

—Me caso con ella.

Inmediatamente, se puso a movilizar gente, buscando recursos financieros y humanos. Comenzamos a trabajar con las diferentes asociaciones de la zona sur, y la obra comenzó a expandirse. Este hermano no se detuvo a pensar en los obstáculos que tenía por delante, sino que —por el contrario— me animaba a seguir

con una fe casi ciega en lo que estábamos haciendo. El nombre de este hermano es Dale McKinley.

A través de estos dos gigantes de Dios quiero honrar la labor de todas las personas que están involucradas en este ministerio.

Asumir el reto de ser misionera en el mundo islámico conlleva muchos desafíos, y yo —en la fuerza del Señor— estoy dispuesta a asumirlos.

Dios no solo me ha llamado para realizar una misión especial, sino que también puso en mí un amor por el pueblo bereber.

Durante siglos, los bereberes fueron los principales habitantes del norte de África. Su nombre fue asignado por los romanos y significa «bárbaros». Sin embargo, ellos no aceptando esa denominación, se llaman a sí mismos *imazigen*, que significa: «hombres libres». A finales del siglo VII fueron conquistados por los árabes. Con la colonización, no solo les impusieron el islam como religión obligatoria sino también el árabe como idioma oficial. Hoy los bereberes cohabitan con varios grupos étnicos, siendo los árabes la cultura dominante, imponiéndose con sus aires de superioridad y de señorío.

Los bereberes *chleu* al sur de Madón son alrededor de 3 millones. Son gente sencilla, amable y apegada rigurosamente a las tradiciones. Son conocidos por sus artesanías, sus hermosas alfombras bañadas de llamativos colores, el trabajo con plata, y también la alfarería. Agricultores que —con trabajo y empeño— buscan sacar de la tierra lo mejor de ella. Pastores que cuidan

con esmero sus ovejas y cabras, esperando la recompensa que ellas les brindan.

Jesús, en su empeño por salvar a la humanidad, también se acordó de aquellos, que en una etapa de su historia fueron hombres libres, encomendando a su iglesia la honrosa tarea de llevarlos a las bodas del Cordero, donde estarán representados todos los grupos étnicos de la tierra, he incluyéndolos en la Gran Comisión: «Y me seréis testigo [...] hasta lo último de la tierra» (Hechos 1.8).

La iglesia, en obediencia a este mandato del Señor, me envió al norte de África con la visión de trabajar entre ellos, sembrando valor, dignidad y, sobre todo, las verdades eternas.

# 9

## Tiempo de prueba

Le dijo la mujer: [...] el Cristo; cuando él venga, nos declarará todas las cosas (Juan 4.25).

**C**IERTAMENTE, en aquel encuentro junto al pozo, Jesús le había declarado a la mujer de Samaria la verdad de la vida eterna. Le había dado un curso intensivo de la verdadera adoración. Ella sabía que Jesús era la fuente de vida. Quizás ella pensó que era todo lo que necesitaba saber. Así que dejando su cántaro se fue corriendo a la obra misionera. Pero, ¿qué pasaría si las cosas no salían como estaban planeadas? ¿Cómo enfrentaría los obstáculos que le saldrían en el camino? ¿Y los desafíos propios de la obra misma? Probablemente, pensaba que ahora todo sería perfecto, que todo saldría bien. Desconocía que apenas había entrado en el proceso de su formación espiritual; que todavía había muchas cosas por aprender y, sobre todo, que llegaría el tiempo de la prueba donde tendría que poner en práctica lo aprendido.

Con el pensamiento de que todo sería perfecto y de que saldría bien, comencé el trabajo en el norte de África ignorando totalmente lo que vendría más adelante.

Había terminado el tiempo de formación en mi nuevo país y cultura. Me disponía a integrarme totalmente a la comunidad local. Todavía con algunos elementos del «famoso» choque transcultural, tratando de negociar nuestras diferencias, buscando encontrar un equilibrio con el que me sintiera cómoda.

El idioma, que sigue siendo hasta hoy el aguijón en mi carne, ha sido tan difícil para mí, al grado de llegar a pensar que el árabe es el idioma que se hablará en el cielo, porque se necesita toda una eternidad para aprenderlo. Muchos de mis compañeros en poco tiempo se comunicaban bastante bien. Sin embargo, yo lo hacía con mucha dificultad. Creo seriamente que ellos llegaron al momento de la repartición de las lenguas en Hechos 2, en tanto que yo lo hice después del capítulo 28, cuando ya no quedaba ni el humo de esas lenguas. Gracias al Señor, todavía me queda sentido del humor cuando trato este tema.

En una reunión donde se encontraban todas las autoridades de la ciudad con motivo de la inauguración de uno de nuestros centros, me invitaron a ser parte del programa dirigiendo unas palabras. Les dije terminantemente que yo no hablaría. Sin embargo, cuando estaba en medio de la ceremonia me llamaron por nombre y apellido. Así que no hubo cómo escapar. Para comenzar a hablar se saluda con «*Salam uale-*

*kum*» y para terminar con «*Bislama lekum*». Yo tome el micrófono y salude con «*Bislama lekum*». Todos comenzaron a reír y allí me di cuenta del error.

«Ladrona» se dice *chfara* y «pobre» se dice *fakera*. Después de varios años de trabajo Dios me dio la bendición de tener un pequeño automóvil. Un día me encontré con el presidente de la asociación de discapacitados con el cual trabajo y me elogió el vehículo diciéndome lo siguiente:

—Nora, *anti le bes elik*» (Nora, tú eres rica).

Le respondí:

—*La, ena mechi le bes Elia*» (No soy rica), «*Ena chifara*» (soy ladrona).

El hombre comenzó a reír y yo también con él.

A pesar de aumentar más y más las horas de estudio, los resultados eran verdaderamente pocos. En ocasiones, mi frustración era tal que arrojaba los libros por la ventana. Clamaba con fuerza al Señor: «¡Por favor, haz algo, dame el don de lenguas!». Pero después de mucho clamar, entendí que este género no sale ni con oración ni ayuno, sino estudiando. Así que cambié mi manera de orar: «Señor, idame perseverancia en el estudio del idioma!».

Dejemos a un lado este tema y pensemos un poco sobre las expectativas que llevamos con nosotros en el área de compartir el Evangelio y el agobio que nos causa cuando no podemos suplirlas. La idea que traemos de nuestros países en cuanto a la iglesia en el mundo árabe es tan irreal, que es la causa de la mayor frustra-

ción. No obstante, seguía haciendo esfuerzos fallidos para compartir el Evangelio con la gente.

Un día armé tres frases y salí con la intención de hablarle a alguien de Jesús. ¡Gloria a Dios!, encontré una chica y le compartí mis frases ya fabricadas. La invité a mi casa para seguir la conversación. Posteriormente, me visitó acompañada de su hermano y su prima.

Preparé todo para que después de la comida viéramos la película *Jesús*. Ella, enfadada, regañaba a su hermano y prima porque miraban la película con atención. Les decía: «Es *haram*» (pecado). El ambiente se quedó muy tenso y yo muy nerviosa. Cuando terminó la película ella me preguntó si yo tenía mis documentos migratorios en regla. Me quedé paralizada por la pregunta. Inmediatamente, me hizo saber que eran hijos de un alto funcionario del ejército nacional y que vivían en una base militar. Además, me dijo que le gustaría que sus padres me conocieran. ¡Dios! ¡En esos momentos la que necesitaba un Salvador era yo! El Señor me libró de aquella situación, pero no de los regaños de mi supervisor.

Pero, ¿qué estaba pasando? Ya tenía varios años en el país y parecía que me encontraba en el mismo lugar que cuando llegué. Todas las expectativas que traía en cuanto a la iglesia se habían desvanecido. Sumado a que el único proyecto donde me podía involucrar era con niños discapacitados y no tenía ni idea de cómo trabajar con ellos. Es esos días recibí una carta de la Junta de Misiones de mi iglesia notificándome que por razón del control de cambio de divisas que el gobierno



había implantado en mi país (Venezuela) no podrían seguir sosteniéndome. Así que me quedaría en el campo sin finanzas. Y para colmo de males, el choque transcultural seguía haciendo estragos, no permitiéndome superar la separación de mi familia. Sin embargo, la mayor prueba de fuego todavía estaba por venir.

Cuando salí de mi país dejé a mi hijo de 19 años en casa de mis padres. Él, aprovechando mi ausencia, decidió vivir su propia vida y, cual hijo pródigo, malgastar todo lo que tenía. Abandonó sus estudios y comenzó una vida desenfrenada. Cada día me llegaban las noticias de su mal comportamiento y de mi familia reclamando mi presencia. Toda la estructura que me sostenía se desmoronó como un castillo de arena. Vivía una verdadera agonía. Pero Dios seguía hablando a mi vida y no incluía la palabra «regresar». En lo más profundo de mí ser sabía que Dios me preparaba para algo grande. Un día me avisaron que mi hijo llevaba 4 meses de casado. Ese fue un duro golpe para mí. Entré en un período de duelo. Solo me sostenían las promesas de Dios que encontraba en su Palabra. Atravesaba el desierto, pero lo más lindo era que Jesús iba conmigo. Porque cuando Él es todo lo que tienes, Él es todo lo que necesitas.

El Señor me habló fuertemente a mi corazón: «¡Levántate es tiempo de partir!». Entré en el lugar secreto y por su Palabra me confirmó lo que me había dicho. «Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos que marchen» (Éxodo 14.15). ¿Pero a

dónde voy? ¿Cómo? «Señor, enséñame el camino que debo tomar». Oré y descansé.

Un mes después, me enviaron desde la oficina principal de mi organización una chica que quería conocer algunas ciudades. Llegó a mi casa y me dijo: «Necesito conocer unas 5 ciudades en el sur, si me guías yo pagaré tus gastos». Inmediatamente, supe que esto venía de parte de Dios. Un miembro del equipo había viajado a una ciudad del sur con la intención de negociar un proyecto de un centro de rehabilitación para niños discapacitados. Este hermano nos esperaba en esa ciudad.

Esta ciudad está habitada por bereberes en su totalidad. Al entrar en aquel lugar fue como amor a primera vista. A pesar de que es una ciudad sin atractivo alguno, sentí en mi espíritu que era el lugar que Dios había diseñado para mí. Tantos años orando por este pueblo, soñando con trabajar entre ellos y, finalmente, había llegado. Nos invitaron a la casa del presidente de la Asociación de Discapacitados y, después de comer, me regalaron un prendedor con el símbolo de los bereberes. Al prenderlo en mi solapa, realmente lo prendía en mi corazón. Sentía como si Dios me entregara este pueblo. Luego salimos a visitar a una mujer que tenía una niña con parálisis cerebral. Vivían en una pobreza extrema. Mi corazón se conmovió, no solo por la pobreza material, sino por la pobreza espiritual en la que se encontraban. Después de ejercitarla un poco, le pedí permiso a la mujer para orar por la niña. Al terminar le dije:

—Si Dios quiere, volveré algún día.

Ella me respondió:

—Oraré a mi Dios para que te traiga pronto porque te necesitamos.

Aquel encuentro con esta mujer se convirtió en un llamado macedónico para mí. Al salir de la ciudad, Dios me regalo un pasaje hermoso en su Palabra que contiene promesas para ese pueblo, pero sobre todo, el reto de volver a desarrollar mi ministerio a ese lugar.

Pasad, pasad por las puertas; barred el camino al pueblo; allanad, allanad la calzada, quitad las piedras, alzad pendón a los pueblos (Isaías 62.10).

Regresé a la capital e inmediatamente hablé con mi supervisor. Le dije que Dios me había hablado y necesitaba partir hacia el sur. Él respondió que sola no debería ir. En cada reunión de equipo y por los siguientes meses le repetía lo mismo, y él seguía dándome la misma respuesta. Finalmente, me autorizó a partir. Extremadamente emocionada comencé a preparar mi éxodo rumbo a la tierra prometida. Aunque sabía que estaba llena de gigantes, tenía la firme convicción de que Dios iba delante de mí como un poderoso gigante.



# 10

## Volviendo a la fuente

El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna (Juan 4.14).

**V**OLVAMOS a traer a nuestra mente a la mujer de Samaria, luego de los últimos acontecimientos que cambiaron su manera de ver la vida. Cuando las cosas no salen como las hemos planeado, comenzamos a tambalear, dejando que la duda tome lugar en nosotros. Nuestra amiga en común no está exenta de esa situación, pero una nueva etapa estaba por comenzar y ella debía considerar estos aspectos (Filipenses 3.13): «Olvidando ciertamente lo que queda atrás». Es una invitación a dejar atrás el pasado. Esto incluye los fracasos. Porque Dios siempre da la oportunidad de comenzar de nuevo.

«Y extendiéndose» es la segunda invitación. Significa movimiento, salir de un círculo, de un estado, de un lugar, de una condición y moverse hacia adelante. Dejar lo negativo y mirar el futuro positivamente.

Y por último, «Proseguir a la meta», que significa: constancia, esfuerzo, valor, decisión.

Para lograr todo esto, ella tenía que volver cada día a la fuente de vida que es Cristo Jesús. Aquel encuentro con Jesús junto al pozo, solo era el inicio de una relación de amor que debía cultivar, momento a momento, el resto de su vida

Con este pensamiento como único mobiliario, tanto la mujer de Samaria como yo comenzaríamos lo que sería una nueva etapa en el campo misionero.

Llegar a esta nueva ciudad representaba el cumplimiento de muchas promesas que Dios me había hecho en el pasado. Ahora tenía por delante el reto de romper con muchos tabúes y mitos que rodean el trabajo de la mujer en el mundo árabe y buscar un espacio para desarrollar el ministerio que Él me había entregado.

Una manada de sentimientos galopaba velozmente dentro de mí. Por una parte, la emoción de saber que Dios me había escogido para tan noble misión, la grandiosa oportunidad en mis manos de responderle a ese amor. Por la otra, el temor a lo desconocido, mirar a la gente y verlos erróneamente como terroristas, sin sentimientos, capaces de quitarle la vida a cualquiera que osara desafiar su fe.

Comenzaron a saltar las interrogantes: ¿cómo me ve la gente? ¿Qué piensan? ¿Qué pasaría si descubren quien verdaderamente soy? Aunque lo más preocupante era mi nivel de idioma. También con el reto de levantar un centro provisional para niños con parálisis cerebral y enfermedades afines. La verdad, no sabía

por dónde empezar. A medida que aumentaban las preguntas también lo hacía el temor. Dios, ¡en qué lío estoy metida! Un frío se iba introduciendo poco a poco en todo mi cuerpo, haciendo que mis rodillas se golpearan entre sí, paralizándome y dejándome inmóvil. Allí comprendí que necesitaba una intervención divina. Algo sobrenatural para poder moverme del sitio donde estaba plantada. ¡Dios, ayúdame, por favor!

En ese momento recordé a un pastor amigo que me aconsejó oración y ayuno para comenzar esa nueva etapa. Entonces arrinconé las cajas con mis pocas pertenencias que esperaban ser acomodadas en aquella nueva casa y entré en el lugar secreto de Dios —la oración— en una búsqueda incesante de su fuerza. Pero algo extraño comenzó a suceder. Yo estaba en el cuarto orando, cuando un sonido como de agua cayendo, se oía en el interior de la casa. ¿Qué será eso? Pensé que era el enemigo de nuestras almas intentando desviar mi atención de este tiempo de búsqueda. Seguí clamando al Señor, pero el sonido del agua persistía. Era como si hubiera un grifo abierto derramando agua. «Señor, no permitas que nada interrumpa este tiempo de estar contigo», le seguía diciendo. Después de muchas horas de oración salí del cuarto para ver lo que realmente acontecía.

En este país se tiene la costumbre de limpiar el suelo lavándolo con agua y jabón. Así que se construyen los apartamentos con una inclinación en dirección al desagüe. Había llovido solo en un rincón de la casa y el agua había corrido en dirección contraria a la inclinación del

piso bajando por las escaleras, y el techo no tenía señales de humedad. Dios, ¿qué es esto?, la casa esta embrujada, pensé. Esto era lo último que me faltaba.

No te dejes dominar por el miedo y busca la explicación lógica de este asunto —me dije. Empecé a buscar de dónde había llegado el agua. Revisé todas las instalaciones, pero estaban totalmente cerradas y sin humedad. No había explicación lógica, esto era espiritual. Así que me dispuse a secar el piso y, mientras limpiaba, oraba reprendiendo toda fuerza diabólica, ya que no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro del territorio que Dios me había entregado. De repente, una dulce voz en lo más profundo de mi corazón calmó aquella tormenta diciéndome: «¿No me has pedido una presencia sobrenatural? Soy yo el que estoy contigo». Me dejé caer al piso y lloré hasta que mis lágrimas se confundieron con el agua que había caído. «Señor, si tú estás conmigo, no tengo miedo, Tú eres todo lo que yo necesito».

Al levantarme del suelo era como si la fuerza que tenía Sansón cuando despedazo al león se hubiera apoderado de mí. Las respuestas a todos mis interrogantes comenzaron a fluir en mi mente. No era yo la que iba hacer la labor sino Él, porque esta obra no era mía sino suya. Lo único que tenía que hacer era salir al mundo y contar todas sus maravillas. Salmos 145.6-7 nos dice que «del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres, y yo publicaré tu grandeza. Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad». Y así, comenzó la gran aventura de fe y provisión de Dios.



No obstante, debía recordar todo aquello que el Señor me había enseñado y que sería el timón que le daría dirección al barco de mi vida en el futuro.

El primer campo que Dios quería ganar era mi propia vida. Que dejara de luchar con las circunstancias y que me abandonara a sus tiernos cuidados. Que aprendiera a entrar a Su lugar secreto donde encontraría paz, sabiduría y fuerzas para seguir.

En segundo lugar, lo más importante no es *hacer*, sino *ser*. En mi carrera por hacer cosas para cubrir las expectativas de la gente y las mías propias, me había olvidado de simplemente ser. Y como resultado solo estaba logrando sobrevivir, no siendo ese faro que la gente en medio de sus tormentas necesita ver.

Por último, me enseñó el valor incalculable de la intercesión. Una de las armas más poderosas contra todo ataque del enemigo es la oración. No importa cuán fuerte sea la tormenta que estemos atravesando. Hay un lugar seguro debajo de sus alas. Y cuando nuestro corazón desfallece, Él nos remontará a las alturas a través de la oración. Y con relación a la gente, el Espíritu Santo es quien trabaja en ellos. Él los convence de pecado y nuestra tarea es solo anunciarles el Evangelio de Cristo. Escuche a alguien decir: «No le hables a nadie de Dios sin antes haberle hablado a Dios de ese alguien». Entendí que ese tiempo de intercesión era la clave para lo que Dios quería hacer en mí, y a través de mí, en un futuro cercano.

En los siguientes años, y hasta el día de hoy, ha seguido enseñándome el camino de la relación con Él.

Despertar cada mañana y saber que Él está conmigo, que es mi compañero fiel en este largo peregrinar de la vida. Que en los grandes acontecimientos, y también en los pequeños, Él está presente. Y descubrir su amor y sus fieles cuidados es la aventura más hermosa de mi vida. En mi carrera por la aceptación me había convertido en una máquina de hacer cosas, olvidando ser simplemente hija.

Un día, el Señor me susurró en lo más profundo de mi corazón: «Solo quiero que seas mi hija, no tienes que demostrarme nada». ¡Qué gratificante fueron sus palabras! Saber que no tengo que hacer nada para ser amada. Que Él me amo desde antes de nacer y que me había escogido para ser su hija. Entendí que solo tenía que dejarme amar por Él, permitiendo que me prodi-gara todos sus cuidados. Me ha coronado de favores y misericordias, me quitó mis vestiduras viejas, me vistió de realeza... Y ME HIZO REINA. Caminar con Él significa abandonarme en sus brazos y dejar que Él dirija toda mi vida. El pasado ya no me paraliza, el presente lo vivo cada día con Él, y no tengo miedo al futuro porque sé que Él ya ha estado allí.

Diez años han pasado. Sigo trabajando en el mundo islámico, pero con una expectativa diferente. Quiero estar solo donde Él quiere que esté y hacer lo que Él quiere que haga. ¡Que las personas que me rodean puedan conocerle, porque Él es maravilloso!

# 11

## Una mujer contemporánea

Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea la gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén (Apocalipsis 1.5-6).

**A** UNA MUJER en el norte de África, que como nosotras tuvo que saborear el pan de la amargura, Dios también la encontró y la hizo reina.

Salima era una niña común y corriente como cualquier niña de 12 años. Cada mañana se levantaba con el único pensamiento de trepar la montaña, corretear con las cabritas, y lanzarse sobre el pasto verde, que era el único juguete que había conocido. Respirar el aire todavía húmedo de la mañana. Soñaba con ir a la escuela, tratando de descubrir que la vida es bella y que merecía ser vivida. Acostumbrada a las faenas de la casa, con las cuales lidiaba con destreza a pesar de su corta edad, lo único que le inquietaba era que el té y el pan caliente llegaran a su mesa cada día y terminara sus labores con tiempo suficiente para dar rienda suel-

ta a la imaginación que caracteriza a los niños. Vivía ajena a los conflictos de la vida, la maldad, la crueldad, el dolor y el desengaño. Ignorando que había gente llena de esos sentimientos, que provienen de mentes entenebrecidas a causa de la depravación del ser humano. Un día fatídico llegó un hombre de 40 años y la codició. Inmediatamente puso precio a su vida. Ella era como una de esas cabritas con las cuales jugaba en la montaña. La engordaban para el día de su venta. Su padre, recibiendo la dote, le había puesto precio a su inocencia.

Con esa edad, Salima no tenía documentos. Por lo tanto, no podía casarse. Así que idearon la forma para que este hombre se la llevara. Presentaron a su hermana mayor ante las autoridades con el nombre de ella y de esa forma formalizaron la venta. Vestidos y zapatos nuevos. Tanta comida junta nunca había visto. Todos estaban alegres. «Debe ser un gran día», pensó. Lo que ignoraba era lo pronto que acabaría todo aquello.

Después de la fiesta, este hombre se la llevó al que sería su nuevo hogar. Salima viviría con su suegro y su última esposa que era bastante más joven que él. Esta mujer compartía sus amores tanto con el padre como con el hijo. Cuando Salima llegó era solo una intrusa que venía a invadir su territorio. Así que se propuso correrla en el menor tiempo posible.

En la cultura árabe, las mayores enseñan a las menores. Así que —usando los métodos más drásticos— esta mujer le enseñaba a Salima su nueva vida. La golpeaba duramente y le dejaba los trabajos más pesados.

La obligaba a cocinar el pan y le quemaba las mejillas con el mismo. Ella no sabía diferenciar qué era más terrible, si los días de malos tratos de esa supuesta madrastra o los requerimientos de su esposo por las noches. Fue tan terrible esa situación que solo un año pudo aguantar. Esperó el momento oportuno y un buen día decidió escapar. Llegó a casa solo con la ropa que llevaba puesta. Su padre al verla la obligaba a regresar, pero ella se negaba rotundamente. Corriendo hasta el pozo de agua intentó suicidarse. Su padre y marido viendo su determinación decidieron dejarla. Lo que ni aún ella sabía es que una semilla había germinado en su vientre.

A los 14 años se produjo el divorcio, quedándose el marido con la custodia total de la beba, producto de esa relación. Pasaron los años y nuevamente un hombre se le acercó y la pidió en matrimonio. Ella —después de aclararle que ya no era una niña— aceptó casarse con él. Pasaron algunos años y Salima tuvo una segunda hija, que lamentablemente sufrió una enfermedad dejándola con una discapacidad física. Nuevamente, llegó la desgracia, ya que este hombre buscó otras mujeres, dejando de suplir las necesidades básicas tanto de Salima como de su hija.

Salima buscó escape en otros hombres tratando de mitigar su hambre de afecto y de protección. Un día ella tuvo un sueño donde Jesús (hasta ese momento, desconocido para ella) le hablaba diciendo: «Yo soy Dios». Ella corrió a la mezquita para contarle al imam (autoridad espiritual en el islam) su sueño. Él le res-

pondió: «Sí, es Sidna Isa (Señor Jesús) pero no se lo cuentes a nadie». Ella guardó ese sueño en su corazón, no sabiendo que Dios tenía propósitos eternos con su vida.

Un día, fui invitada a su ciudad para una actividad con la Asociación de Discapacitados. En medio del tumulto ella se me acercó y me pidió si le podía conseguir una máquina de coser para su hija. Meses después regrese con tres máquinas para que comenzaran un proyecto de costura. Formalicé mi relación con la asociación, que derivó en la apertura de un centro de rehabilitación y escolarización de niños con problemas motores y mentales. Ella vino a trabajar en la cocina y comenzó una amistad entre nosotras. Cada semana salíamos juntas a hacer las compras de la comida. Pasábamos tiempo conversando sobre las cosas cotidianas de la vida.

Cierta ocasión me dijo:

—*Mezquina* (es una forma lastimera de llamar a una persona). Has dejado tu familia, tu país y vives sola sin tener a nadie.

—No soy *mezquina* y tampoco vivo sola, vivo con alguien que me ama y me valora y me da todo lo que necesito —le respondí.

Ella me miro con asombro y me dijo:

—¡Cómo! ¿Con quién vives? —exclamó con los ojos cuajados de asombro.

—Vivo con Sidna Isa —le respondí—. Él me ha perdonado todos mis pecados y me ha dado la vida eterna.

Inmediatamente, se me acercó y me hablo en voz

baja y me dijo: «Un día Sidna Isa se me apareció en un sueño».

Al instante supe que Dios estaba trabajando en ella. Pasaron los meses y seguía compartiéndole las verdades eternas. Una mañana me llamó y era tanta su emoción que no podía comprender lo que me decía.

—Cálmate y cuéntame con detalles lo que te sucede —le pedí.

—En la noche mi cuarto se llenó de luz —comenzó a contarme—. Pensé que era la luz del teléfono celular, pero después de comprobar me di cuenta que estaba apagado. De inmediato, vi a una persona vestida con ropas blancas parada frente a mí. ¡Era Jesús el Mesías! ¡Era Jesús el Mesías! —agregaba emocionada—. Él me hablaba, pero yo no entendía lo que me decía. Así que me enseñó una cruz. ¡Era Jesús el Mesías! Necesito saber lo que me decía —me rogó.

—Yo sé lo que Jesús te quería decir —le aseguré viéndola a los ojos

—Por favor, dímelo, ¡quiero saberlo! —me respondió con la mirada de un corazón abierto, listo.

Sentada en la sala de mi casa, esta mujer escuchó la historia de Jesús. Entre lágrimas y sollozos, recibió a Jesús como su único Señor y Salvador.

Después de varios encuentros, tuvimos una reunión con un hermano en la fe, originario también de Madón. Ella vino acompañada de su hija (que ya tiene 26 años de edad), quien al escuchar la historia de la vida de su madre y de su encuentro con Jesús —entre lágrimas—, también entregó su vida a Sidna Isa. Ahora am-

bas tienen esperanza, porque alguien las amó verdaderamente y no escatimó esfuerzos hasta encontrarlas. Dándoles el verdadero valor y dignidad que tienen, hoy ellas pueden reír sabiendo que todo quedó atrás y que tienen nueva vida en Cristo Jesús. Dios las hizo parte de su familia... ¡Y LAS HIZO REINAS!



# Conclusión

Entre las damas de tu corte hay princesas;  
a la derecha de tu trono está la reina,  
adornada con el oro más fino.  
Escucha, hijita; fijate bien en lo que voy a decirte:  
Olvídate de tu familia y de tu gente,  
pues el rey desea tu belleza;  
él es tu señor, y debes obedecerlo.  
(Salmo 45.9-11, DHH)

DIOS SIGUE transformando la vida de muchas mujeres en el día de hoy. Serán ellas las que seguirán escribiendo sus propias historias de cómo las hizo reinas. Sin embargo, para finalizar me gustaría que volviéramos por un momento a la Palabra de Dios. Allí encontraremos historias fascinantes de mujeres que también tuvieron un pasado turbio, pero que Dios las transformó y las hizo reinas. Daremos solo un pequeño paseo por estas historias para ver nuevamente al Señor en acción transformando vidas. Mateo las incluye en su relato de la genealogía de Jesucristo, en su capítulo uno. Fue allí donde Dios las colocó, dignificándolas de generación en generación.

La primera de ellas es Tamar, una historia llenas de misticismo, y elementos que aunque no son usuales en nuestras culturas occidentales, todavía siguen repitiéndose en muchas culturas orientales. Descubramos en su historia, una vez más, la obra hermosa de nuestro Salvador. Nació en un pueblo en Oriente Medio. Tuvo una buena infancia, rodeada de sus padres y hermanos que le brindaron la estabilidad emocional de una niña de su edad. Llegó a la adolescencia como cualquier chica de su edad, llena de ilusiones y en espera de ese príncipe azul que la adornaría de muchas joyas y muchos hijos.

Un día llegó un hombre que no era de su propia cultura. Él tenía tres hijos. Los padres de ella hicieron los arreglos y la casaron con el mayor. Lamentablemente, la dicha no le acompañó y ese hombre con quien se casó resultó ser muy malo. Para colmo de males era estéril. En las culturas orientales es lo peor que puede pasar. Poco tiempo después murió. En su cultura tenían una ley que decía que el hermano menor se casara con la viuda para levantar descendencia al muerto. La casaron con el segundo, que tampoco era mejor que el primero. El también murió sin darle hijos. Su suegro, por temor a perder su último hijo, la devolvió a la casa de sus padres con la falsa promesa de que su tercer hijo la redimiría casándose con ella.

Me imagino que en su barrio la llamarían «la viuda negra que mata a sus maridos». La vida de esta mujer estaba acabada, destinada a vivir en una especie de arresto domiciliario por el resto de su vida. Mancilla-

da, sin hijos, ni posesiones, y con una etiqueta de viuda negra que no podría quitarse jamás. «Esto no es lo que soñé para mi vida», quizás se repetiría constantemente. Tal vez, presa de complejos y estados depresivos, un día tomó la decisión de deshacerse de toda esa vida que otros habían trazado para ella. Se levantó contra toda aquella desgracia que la arropaba con la firme decisión de cambiar. No dejaría que otros decidieran por ella nunca más.

Posiblemente, no tenía ni idea cómo hacerlo, pero sí tenía claro que necesitaba un Salvador. Se le ocurrió una idea con riesgos de muerte, aunque ya estaba. Se disfrazó de prostituta, para dormir con su suegro y engendrar hijos de él. Era un riesgo muy grande que debería correr, porque si él la desconocía, ella moriría lapidada. Dios en su gran misericordia, viendo la vida destrozada de Tamar y su gran desesperación, interviene de una forma extraordinaria cambiando el rumbo de las cosas y convirtiendo toda su desgracia en una bendición. Una historia sumamente interesante, aunque a nuestro parecer sin sentido. Pero hasta las cosas más insólitas Dios las transforma en nuestro beneficio cubriendo con misericordia nuestros motivos de vergüenza... ¡porque nos ama!

Otra historia que me apasiona en gran manera es la de Rahab, la ramera. He escuchado tantos testimonios de vidas sumidas en el vicio y la prostitución, que me atrevería a imaginar el pasado de ella utilizando las referencias que me brindan las *rahabs* contemporáneas.

Nació en un hogar (por llamarle de alguna manera) con muchos problemas. Su padre, un borracho empedernido, descargaba en su madre y en toda la familia, un torrente de los más bajos instintos, característicos solo de las fieras salvajes. A la edad de 7 años, su mismo padre comenzó a abusar de ella, destrozando toda su infancia, poniendo en ella todos los elementos que formarían su futuro. Cada día fue cayendo más y más bajo, convirtiendo su vida en un foso profundo lleno de amargura y dolor.

Cuando tenía 13 años vio la oportunidad de fugarse, con la esperanza de salir de aquel infierno en busca de una vida mejor. Pero lo que le esperaba fue peor de lo que ya había vivido. Se vio en la calle, sin profesión, sin casa. Así que comenzó a hacer lo único que su padre le había enseñado: a usar su cuerpo para ganarse un mendrugo de pan. Tuvo varios hijos, que no sabía a ciencia cierta quiénes eran sus padres; aunque, sin embargo, serían su única razón de vida. Su vida se había hecho tan hostil que cuando caminaba parecía que pesadas cadenas le impedían avanzar. Hasta que un día escucho del gran amor de Dios, de sus obras poderosas y de cómo había librado a su pueblo de diversos peligros.

Nunca había sabido de Dios, mucho menos de su amor. Solo un Dios todopoderoso podría librarla de las densas tinieblas donde se encontraba. Hay oportunidades que solo se presentan una sola vez en la vida y por encontrar ese verdadero amor, estaba dispuesta a desafiar al mundo entero si era necesario. Finalmente, Dios

transformó su vida. Le dio un proyecto de vida. Descubrió que la amaba, y que la había escogido para una misión especial. Lo más impresionante fue que a Él no le importó su pasado sino que la tomó en sus brazos, le curó sus heridas y la hizo reina.

¡Qué impresionante historia! No me canso de escucharla y aplaudir la valentía y determinación de esta mujer. Sin esas dos cosas, no habría podido salir de esa situación.

Nuestra otra heroína es Rut. Ella proviene de un pueblo que por siglos ha estado sumido en la idolatría y el paganismo, impregnada de pecado y mucha maldad. La ilusión más grande para una joven de ese pueblo es ser sacerdotisa en los templos del dios Quemós. A Ruth le tocó casarse con un hombre extranjero miembro de una familia de creyentes. Con ellos conoció al Dios verdadero. Su suegra, una mujer muy devota, le enseñó el camino del Señor. Posteriormente, Rut enviudó y tuvo que tomar la decisión más trascendental de su vida. Habría de romper con el pasado, dejar atrás sus raíces y adoptar una nueva cultura: partió con su suegra a la tierra de origen de la familia de su difunto esposo.

Sin embargo, los pueblos a los que pertenecían ambas familias habían sido enemigos por muchas generaciones. Sus historias estaban escritas con sangre. Sabía que probablemente al llegar a ese pueblo la gente la despreciaría. Quizá hasta tratarían de cobrarse las barbaridades que sus antepasados les habían ocasionado. Sin embargo, ella sabía que todas las decisiones im-

portantes tienen un precio que pagar. No obstante, estaba dispuesta a pagar el suyo. Se fue con su suegra, abrazó de lleno al Dios verdadero y éste la premió con un precioso esposo y un nieto que llegó a ser rey de Israel. La llevó a entrar en un linaje de reyes... ¡Y LA HIZO REINA!

¡Qué extraordinario es el amor de Dios! ¿Cómo no amar a quien tanto nos amó? Pero nos falta la historia de la mujer de Urías. Su nombre de pila es Betsabé. Como todo el mundo sabrá, estaba felizmente casada con un buen hombre. La verdad, no tenía de qué quejarse. No llevaba mucho tiempo de casada, por eso aún no tenía hijos. Él era militar y pasaba mucho tiempo fuera de casa. Así que ella dedicaba mucho tiempo al ocio. Su aburrimiento era grande en espera de que él regresara. Pero un día, vio a un hombre extremadamente atractivo. Alto. Con un porte varonil. Usaba un perfume que a distancia se sabía que andaba cerca. Era tan especial que no pudo resistirse a sus encantos y se dejó llevar por la pasión, cayendo en las redes del pecado. Uno piensa que puede jugar con fuego sin quemarse, pero no es así. Quedó embarazada y todo se complicó. De la noche a la mañana, se encontró en un callejón sin salida. Dios extendió sus brazos de amor y de misericordia sobre ella. La perdonó pero tuvo que pagar la consecuencia de su error con la vida de su hijo.

No podemos despedirnos sin mencionarla historia de la reina de Persia, Hadasa —o Ester, como la queramos

llamar. Una vida hermosa. Llena de desafíos, obstáculos, envidias y venganza pero con un final como de cuento de hadas. «Y fueron felices y comieron perdices». Solo me gustaría decir lo siguiente: confiar en Dios es la única alternativa que tenemos. Sea cual sea la situación donde nos encontremos, o lo que anhelemos, solo Él tiene la capacidad de hacer realidad todos nuestros sueños. Remontándonos a lugares espaciosos y vistiéndonos de ropajes reales, dándonos el valor y la dignidad que tenemos. Somos reinas porque tenemos un Rey que nos amó con ese amor incondicional y eterno.

Les invito a no quedarse inmóviles, sino a convertirse en embajadoras de Aquél que nos hizo reinas.

Todas estas historias<sup>3</sup> —incluidas la de nuestra amiga de Samaria, y hasta la mía propia— están marcadas por dos factores predominantes.

Primero, el grande e inexplicable amor de Dios por nosotras. Él nos ha creado y conoce cada célula que compone nuestro cuerpo. Nuestros sueños, alegrías, penas y lágrimas. Él sabe nuestro principio y nuestro final. Pero, sobre todo, conoce nuestra impotencia para salir solas de cualquier situación donde estemos sumergidas. Sin embargo, su misericordia es desde la eternidad y hasta la eternidad y nos alcanza. Algo muy importante: Él no solo quiere salvarnos sino también

<sup>3</sup> Si deseas profundizar en estas historias, te animo a leerlas en la Biblia. La historia de Tamar en Génesis, la de Rahab en Josué, la de Betsabé en 2 Samuel, y las de Rut y Ester en los libros que llevan sus nombres.

quiere usarnos para su gloria y darnos a cada una un proyecto de vida. Salmos 138.8 dice: «¡El Señor llevará a feliz término su acción en mi favor!». Dios tiene un proyecto para cada una de nosotras.

Se lo dio a la mujer de Samaria, convirtiéndola en el pilar de lo que sería la primera iglesia entre los samaritanos. Se lo dio a Tamar para engendrar hijos que estarían en el árbol genealógico de Jesucristo. A Rahab, para que fuera una pieza clave en la conquista de la tierra prometida. Se lo dio a Rut para cambiar la historia de un pueblo, y también a Betsabé que terminó siendo la madre del hombre más sabio que ha dado la tierra y que nos dejó un legado. Se lo dio a Ester para salvar a su pueblo de un genocidio. Y, por supuesto, lo sigue dando a muchas mujeres el día de hoy.

La segunda cosa, es que todas —en algún momento de nuestras vidas— nos levantamos de la miseria y decidimos aceptar la ayuda del Salvador. Dios está dispuesto a hacer muchas cosas por nosotras —como ya lo hemos visto—, pero una sola cosa nunca hará: *decidir* por nosotras.

En conclusión, es su voz, pero es tu decisión. Puedes quedarte toda la vida sentada sobre tu miseria que cada día vendrá en aumento, o levantarte y dejarte amar por el Autor de la vida que anhela transformarte.

Dejaré unas páginas en blanco para que ahora escribas tu propia historia. ¡Dios también desea HACERTE REINA!









Después de haberme leído me gustaría ahora leerte y gozarme viendo lo que Dios también ha hecho contigo. Te dejo esta dirección electrónica para que me envíes tu historia de cómo Él te hizo reina:

[ymehizoreina@gmail.com](mailto:ymehizoreina@gmail.com)



## LIBROS GRATIS PARA DESCARGAR DE LA WEB

La Editorial MUSULMANIA se complace en ofrecer una nutrida colección de títulos referidos a la misión cristiana y el islam, que pueden ser descargados gratuitamente, en formato PDF, desde nuestro sitio web:

[www.musulmania.com](http://www.musulmania.com)

**Comparte con los musulmanes el amor de Dios**

Bill Dennett, 182 págs.

**David y Goliat, una figura del islam**

Gabriel Falco, 132 págs.

- La *dawa*, misión islámica**  
Patrick Sookhdeo, 36 págs.
- Del Suquía al Norte de África**  
Enrique Guevara, 680 págs. (3 tomos)
- De semilla a fruto**  
Dudley Woodberry, ed., 426 págs.
- Ese inmigrante, mi prójimo**  
Miguel Juez, 106 págs.
- Esperanza para los musulmanes**  
Don McCurry, 486 págs.
- El humor en las misiones**  
Andrés Alvarado (*pseudónimo*), 138 págs.
- Jesús en el Corán**  
Textos del Corán, 24 págs.
- Latinos en el mundo islámico**  
Federico Bertuzzi, ed., 152 págs.
- Latinos no mundo muçulmano (*portugués*)**  
Federico Bertuzzi, ed., 158 págs.
- Luz sobre el islam**  
Francesco Maggio, 110 págs.
- Musulmanes que encontraron a Cristo**  
R. F. Wootton, 94 págs.
- El ocultismo en el islam**  
Abd Al-Masih (*pseudónimo*), 44 págs.
- Para comprender al mundo árabe**  
Louis Hamada, 206 págs.
- Peregrinaje en la misión**  
Christian Giordano, 94 págs.
- Poder empresarial en misión integral**  
Heinz Suter, 130 págs.
- Por qué mujeres cristianas se convierten al islam**  
Rosemary Sookhdeo, 124 págs.
- Quiénes son los musulmanes**  
Don McCurry, 40 págs.

**Raio X do campo missionário** (*portugués*)

Jose Rocha, 60 págs.

**Ríos en la soledad**

Federico Bertuzzi, ed., 232 págs.

**Ríos no deserto** (*portugués*)

Federico Bertuzzi, ed., 210 págs.

**Ríos en tierra seca**

Federico Bertuzzi, ed., 400 págs.

**Testimonio en tierras musulmanas**

Gilberto Orellana, 152 págs.

**La visión islámica**

Christine Schirmacher, 134 págs.

**Vivir por un sueño**

Marina Gutiérrez (*pseudónimo*), 154 págs.

**Y me hizo reina**

Nora Suárez, 118 págs.

## **DE PRÓXIMA APARICIÓN**

**Avivamiento en Argelia**

Jean Blanc, 160 págs. (CREMA)

**Diálogo entre un musulmán y un cristiano**

D. Shenk y B. Kateregga, 292 págs.

**Radiografía de una misión**

José Rocha, 60 págs.

**Honor y vergüenza**

Roland Müller, 220 págs. (IIBET)

